94 HORAS

crónica de una infamia

Mauricio Rojas

prólogo de Mario Vargas Llosa



94 horas
Crónica de una infamia

Mauricio Rojas

Prólogo de Mario Vargas Llosa

Nada se mueve tan rápidamente como la calumnia, nada se lanza con más facilidad, se acoge con más presteza y se difunde tan ampliamente
Marco Tulio Cicerón

La verdad es generalmente la mejor defensa contra la calumnia
Abraham Lincoln

Prólogo de Mario Vargas Llosa[1]

Mauricio Rojas, nombrado ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile por el presidente Sebastián Piñera el 9 de agosto de este año, tuvo que renunciar el día 13, es decir, menos de noventa horas después. Su velocísimo paso por el Gobierno se debió a una impecable operación de descrédito y calumnias de una izquierda que yo creía, ingenuo de mí, reformada y democrática. Me equivocaba: sigue siendo la misma que contribuyó, con su sectarismo extremista y retórica incendiaria e irreal en los tiempos de Salvador Allende, a destruir la democracia chilena y a llevar al poder al sanguinario régimen de Pinochet, que, por supuesto, la golpeó a mansalva.

Eso es lo que le critica Mauricio Rojas, que la conoce bien pues la vivió en su juventud desde adentro, y lo que esa izquierda intolerante no le puede perdonar. Diré, antes que nada, que, desde que lo conocí tengo una gran admiración por él, pues lo considero una de las personas más limpias y decentes que he tenido el privilegio de tratar, y por su trabajo intelectual, una veintena de libros que son un modelo de rigor, conocimiento e inteligencia.

Nacido en 1950, educado por una madre socialista, Juana Mullor, a quien la dictadura de Pinochet encerró y torturó en Villa Grimaldi, antes de permitirle exiliarse en Suecia, Mauricio fue militante del MIR en su juventud y creyó en la revolución armada como muchos jóvenes chilenos de su generación que rechazaban la democracia burguesa —máscara de la reacción— y estaban convencidos de que sólo el comunismo crearía una sociedad justa y solidaria. Tuvo la suerte de salir al extranjero antes de que lo cogieran y pasara muchos años en la cárcel o muriera fusilado o a consecuencia de las torturas, como tantos camaradas suyos.

En Suecia, se mantuvo unido a los exiliados chilenos más radicales y trató de ir a Cuba a recibir instrucción militar —guerrillera y terrorista— pero complicaciones burocráticas frustraron este intento (menos mal para él). El gran cambio —su *conversión*— ocurre en la Universidad de Lund, a la que ingresó para estudiar Economía. Fue un cambio intelectual y ético primero que político. Antes de doctorarse sus ideas habían evolucionado del marxismo hacia la democracia y el liberalismo, como ha contado en

ensayos muy diversos, que se refieren a la economía latinoamericana, a Suecia, a Marx, a Lenin, a la Argentina, a su propio país. Siempre es fascinante leerlo, porque, aunque trate de cuestiones especializadas y muy técnicas, sobre economía por ejemplo, nunca se aparta de la realidad viva y circundante, de la problemática actual. Y eso da a lo que escribe, además de su cualidad intelectual, un sentido práctico, de verdad vivida, como los artículos y libros de un George Orwell.

Mauricio Rojas es un intelectual y un hombre de acción, un maridaje nada frecuente. En Suecia no sólo aprendió el idioma —en el que escribió algunos de sus libros— sino que militó en el Partido Popular Liberal y por seis años fue su diputado en el Parlamento sueco. Luego, trabajó en España en un tema de su especialidad, la inmigración, y quienes hemos leído la memoria que escribió sobre la Escuela de Profesionales de Inmigración y Cooperación podemos valorar el tamaño de las calumnias que se han vertido contra él en estos días, acusándolo, entre otras innobles estupideces, de haberse mostrado injurioso e insensible contra los millares de africanos que huyen de sus países y arriesgan sus vidas tratando de entrar a Europa. Pocas personas han trabajado con tanta solidaridad y comprensión sobre este dramático asunto como Mauricio Rojas.

El *Diálogo de conversos* que ha publicado con Roberto Ampuero —hay dos volúmenes—, y que yo reseñé en esta columna, es un muy interesante testimonio de dos chilenos que, en su juventud, creyeron en la revolución, las pistolas y las bombas como armas políticas para acabar con las injusticias sociales —Ampuero no fue mirista sino comunista— y que, luego, asumieron que esta era una vía insensata que podía traer a la sociedad remedios peores que la enfermedad, y que optaron por posiciones democráticas, es decir, pacíficas y liberales. De este libro está entresacada, desgajándola de su contexto, la frase que desató la gran movilización de la izquierda chilena contra Mauricio Rojas, una frase que critica al Museo de la Memoria llamándolo un “montaje” dramático más que un museo. Deducir de ello que Mauricio niega los horrores cometidos por el régimen de Pinochet es un disparate sin pies ni cabeza. Hay decenas de citas que se pueden sacar de sus artículos, libros e intervenciones públicas, en los que

reconoce y condena con dureza los crímenes de la dictadura que padeció Chile durante el régimen militar.

Sólo que él nunca se queda en estas admoniciones sin escarbar en los orígenes de aquel golpe de Estado que destruyó una de las democracias más sólidas de América Latina. La responsabilidad de la extrema izquierda en la caída de Allende fue muy grande. Este había sido elegido por un tercio del electorado para mantener y perfeccionar las instituciones democráticas, no para hacer una revolución socialista semejante a la cubana. Los desórdenes, tomas de tierras y de fábricas, la violencia desatada por aquellas masas que querían "dar el salto cualitativo" hacia el estatismo, el colectivismo, y convertir a Chile en una segunda Cuba, aterraron a buena parte de la sociedad chilena, y eso creó un estado propicio para el golpe militar y ese período terrible de la historia chilena.

En vez de encarnizarse montando grotescas distorsiones como ésta de la que ha sido víctima Mauricio Rojas, con alguien que fue uno de los suyos —ahora hasta tratan de negarlo— y que fue capaz de emanciparse de la ceguera ideológica y el fanatismo político, haría bien esa izquierda que todavía representa un segmento importante de la sociedad chilena, en examinar con un ojo crítico sus errores y excesos durante aquel período incandescente de la historia chilena, para contribuir mejor a perfeccionar esa democracia que Chile ha recobrado, y que, no lo olvidemos, lo ha convertido en el país latinoamericano que progresa más rápido en todos los sentidos: el político, el social y el económico. Lástima que esta victoria del revanchismo hepático prive a Chile de un ministro que en el campo cultural hubiera dejado también una huella de progreso en la realidad chilena.

Lo siento por Chile, no por él ni por sus lectores. Porque entiendo que, ahora, después de esta experiencia frustrante, ha decidido apartarse de todo cargo político para retornar a su trabajo intelectual. Es cierto que la vida no ha sido demasiado generosa con Mauricio Rojas, pues le ha deparado experiencias muy dolorosas. Él siempre ha sabido superarlas, con un optimismo envidiable, transformándolas en experiencias intelectuales, para beneplácito del número creciente de sus lectores. Quienes consiguieron sacarlo de malas maneras del ministerio que apenas llegó a ocupar no deben apresurarse a cantar victoria. La batalla sólo ha empezado y será larga, pero,

pongo mi mano al fuego por ello, tarde o temprano Mauricio Rojas será el ganador.

Introducción: Lo que está en juego

Lo que está en juego no es poco

Este libro trata de una persecución sin cuartel, de un “destemplado linchamiento”, como se pudo leer en un editorial de *La Tercera*,[2] de una turba enfurecida que se lanza a una cacería despiadada de un ser humano demonizado, al cual se le puede hacer y decir cualquier cosa. En sí, esto no es nada nuevo en la larga historia universal de la calumnia y de la infamia, de la bajeza colectiva y la cacería de brujas, del triste espectáculo de seres humanos convertidos en una jauría implacable que busca “ejecutar sin proceso y tumultuariamente”, como reza la definición de la Real Academia Española de la palabra linchar, a una persona.

El presente trabajo es un intento por comprender cómo se construye, justifica, difunde y masifica la ruindad humana. Lo que viví entre el sábado 11 y el domingo 12 de agosto de 2018 no tiene, a mi saber, parangón en la historia del Chile democrático. En pocas horas fui convertido en un ser aborrecible: un negacionista de las violaciones de derechos humanos cometidas bajo la dictadura militar, comparable con quienes niegan el Holocausto; un impostor de tomo y lomo, cuya historia de vida era, en su integridad, un fraude; un fascista, un racista, un agente de la policía política de Pinochet o, como dijese ya el 11 de agosto el secretario general del Partido Comunista, Lautaro Carmona, “un ser despreciable”.[3] De esa manera se construyó, con la intencionalidad de algunos, la inescrupulosidad de otros y la falta de decencia de muchos, la imagen de un hombre al cual se podía denostar sin compasión ni límites. El punto de partida fueron algunos dichos desafortunados, sin duda criticables y que no volvería a repetir sobre el Museo de la Memoria que, como acertadamente escribió Joaquín García Huidobro en *El Mercurio*, “simplemente se los leyó de la peor manera posible y se apretó el gatillo, como si criticar el Museo de la Memoria fuera sinónimo del peor de los negacionismos.”[4]

Sin embargo, esta es solo la superficie de las cosas. Su trasfondo, así como los valores que se ven amenazados por actos semejantes, son mucho más importantes. Al final del día, es nuestra posibilidad de vivir de forma civilizada lo que está en juego. Y con ello la democracia, ya que, como

escribí en el prólogo de mi libro más reciente, *La democracia asediada,* su muerte “acostumbra a empezar subrepticiamente, con hechos que a primera vista pueden parecer nimios, pero que al tolerarse o incluso aplaudirse terminan por desencadenar un espiral de transgresiones al respeto cívico y a la legalidad que normaliza el uso de la violencia, ya sea verbal o física, y conduce a la pérdida de todo sentimiento de comunidad, convirtiendo al país en cuestión en un campo de batalla donde el deceso final de la democracia es solo una cuestión de tiempo.”[5]

Por ello, es importante reaccionar a tiempo, plantarle cara a quienes en nombre de la defensa de los derechos humanos se permiten destruir sin piedad a un semejante, imputándole opiniones que nunca ha sostenido y haciendo escarnio de su vida, como si el afectado no tuviese derechos, como si no fuese digno de un trato justo, como si el artículo 12 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* acerca de los ataques arbitrarios a la honra y la reputación de las personas no valiese en este caso.

Más allá del hecho mismo, surge una pregunta de fondo acerca del por qué se puede concitar tal agresividad y falta de escrúpulos contra una persona que ha dedicado la mayor parte de su vida y toda su obra a defender la inviolabilidad universal de la dignidad y la integridad humanas, que ha condenado con fuerza y de la manera más pública posible toda dictadura, y que incluso ha sufrido muy de cerca la violencia que desencadenan los regímenes que se basan en el terror de Estado para gobernar.

Esto es lo que debemos desentrañar ante todo, ya que de otra manera la virulencia y la magnitud de lo ocurrido serían incomprensibles. Y la respuesta está ya contenida en el párrafo anterior: la defensa universal, bajo cualquier circunstancia y condición, de los principios allí mencionados, así como la denuncia de toda ideología o conducta que propugne o nos lleve a destruir la libertad y la convivencia cívica, eso es insoportable para muchos. En especial cuando se les encara, de manera clara y directa, su responsabilidad por la destrucción de la democracia en Chile, su complicidad con “dictaduras amigas” presentes o pasadas, su falta de consecuencia para condenar las violaciones a los derechos humanos ocurran donde ocurran y bajo cualquier bandera ideológica que se levante para intentar justificarlas.

De eso se trata en el fondo. Además, la voluntad de linchar y destruir al crítico molesto se potencia de una manera radical cuando quien levanta la voz es alguien que compartió las ideas que llevan a promover o justificar atropellos masivos a los derechos fundamentales del ser humano en nombre de la creación de un paraíso comunista sobre la tierra y un hombre nuevo. Porque de eso sí soy culpable. De haber recapacitado, de haberme distanciado de utopías que no han producido sino mares de sangre e infiernos totalitarios, y de haber reconocido, en primera persona, el daño que le hicimos a Chile y a su institucionalidad democrática en los años anteriores al 11 de septiembre de 1973 con nuestro extremismo y delirio redentor.

Esto no justifica ni relativiza ninguna de las inaceptables, gravísimas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos cometidas en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973. Esto lo he subrayado en muchas ocasiones, señalando, además, que ello atentaría contra la esencia de la posición liberal que he defendido desde principios de los años 80. Así, por ejemplo, en mi libro *La libertad y sus enemigos* publicado el año 2016 escribo lo siguiente en una alusión directa a lo ocurrido en Chile: “Ejecuciones sumarias, centros clandestinos de tortura, violaciones sistemáticas de los derechos humanos y un prolongado uso autoritario del poder son atentados contra la esencia misma del liberalismo, que como tal no trata en primer lugar de la economía sino de la libertad y la integridad del ser humano y de la defensa sin claudicaciones de esa libertad y esa integridad.”[6]

En mis obras he expuesto en detalle lo ocurrido en Chile. Por ejemplo, en el libro citado más arriba hago la siguiente descripción acerca del proceso de esclarecimiento de las violaciones de derechos humanos ocurridas bajo la dictadura: “Un paso decisivo fue la creación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, que entregó su informe en febrero de 1991 estableciendo la muerte o desaparición de 2.279 personas por razones de violencia política (164 personas) y violación de derechos humanos (2.115 personas) entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. De ese total, 2.025 casos fueron víctimas de personas al servicio del Estado chileno. Para completar este cuadro debe también consultarse el informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura que en 2004

estableció una cifra de 28.459 personas que sufrieron torturas y apremios ilegítimos, incluyendo 3.400 mujeres violadas y abusadas por sus captores.”[7]

¿Cómo puede alguien de buena fe hacer cuadrar estas y muchas otras declaraciones de mi parte con la imagen del negacionista que se proclamó a los cuatro vientos a partir del 11 de agosto?

Mi historia es la historia de un converso, pero no del que abandona una fe fanática para pasarse a otra, sino de quien evoluciona desde el fanatismo mesiánico que cree que el fin justifica los medios hacia un liberalismo integral que reconocer el valor supremo de la libertad, la dignidad, la integridad y la diversidad de los seres humanos de carne y hueso, tal como son, con sus virtudes y defectos, con sus proyectos de vida que merecen todo nuestro respeto porque, como dice el artículo primero de la ya citada declaración de los derechos humanos: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

Lo que en el fondo está en juego no es poco. Se trata, como ya se dijo, de las premisas mismas de la vida civilizada y de la democracia, que no puede subsistir sin un ambiente de respeto y amistad cívica. Lo que por cierto no implica en absoluto el no poder criticarse, incluso con dureza, pero siempre dentro de un marco mínimo de apego a la verdad y sin recurrir a la calumnia ni a la difamación. Pero más allá de eso —y esto es lo que ha convertido mis puntos de vista en algo no solo intolerable, sino directamente amenazante para muchos—, se trata de la interpretación del hecho más dramático y luctuoso de la historia de Chile: la destrucción de su democracia y su consecuencia última, una larga y dura dictadura militar que permaneció durante 16 años y medio en el poder.

La pregunta esencial

¿Cómo llegamos al 11 de septiembre de 1973? Esta es la pregunta clave que debiéramos ser capaces de responder con honestidad para que nunca más ocurra algo semejante. Es vital que seamos capaces de entender cómo un día llegamos a odiarnos con tal frenesí que nos dimos el terrible derecho a destruirnos los unos a los otros. La muerte de nuestra democracia no fue un accidente inesperado, sino producto de una larga enfermedad que se había ramificado por todo el tejido social, destruyendo la convivencia cívica y convirtiendo a Chile en un país divido, lleno de odios profundos y confrontado de una manera extrema consigo mismo. Solo faltaban los tanques en la calle, hasta que un día allí los tuvimos.

Posteriormente, esa historia ha quedado en la penumbra. En parte sepultada por el horror de los crímenes de la dictadura, pero también por el relato unilateral de quienes se benefician de una historia no contada en su integridad. Pocas voces han sido tan sinceras como la de Radomiro Tomic, quien el 25 de agosto de 1973 le escribía las siguientes palabras al general Carlos Prats: "Sería injusto negar que la responsabilidad de algunos es mayor que la de otros, pero, unos más y otros menos, entre todos estamos empujando a la democracia chilena al matadero." Y luego agregaba: "Como en las tragedias griegas, todos saben lo que va a ocurrir, todos dicen no querer que ocurra, pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda."

Sí, todos sabíamos que el país se encaminaba hacia el golpe militar, la guerra civil o, como creía en sus delirios el secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano, la creación de un Vietnam chileno. Pero en lugar de hablar de la verdadera gestación de esta tragedia nacional habitualmente se nos ha contado una historia simplificada y esquemática que poco tiene que ver, como toda simplificación esquemática, con lo realmente sucedido.

Por mi parte, hace tiempo llegué al convencimiento de que si algo le debíamos a Chile quienes participamos en los hechos que desembocaron en el golpe del 11 de septiembre es una reflexión sincera sobre ello y, no menos, una explicación y una petición de perdón al país. Especialmente si

uno proviene de esa izquierda revolucionaria que apostó abiertamente por la destrucción de la democracia y la lucha fratricida como medio ineludible para crear una sociedad acorde a sus ideales.

De esto se trata, esa es la fuente última de una ira militante que no repara en los medios a utilizar para destruir al “traidor” que no acepta el silencio como destino. Pero la cacería desencadenada el 11 y 12 de agosto cobra su fuerza arrolladora porque a ella se suman personas que no comparten la motivación profunda de quienes defienden y defenderán a ultranza una cierta visión autoexculpatoria de nuestra historia que constituye su principal capital moral y político. Se trata de un fenómeno que reúne, como todo fenómeno que cobra proporciones significativas, una multiplicidad de motivaciones —desde el dolor y la rabia hasta el oportunismo político, las ganas de hacerle daño al gobierno por cualquier medio, la lógica de los medios y las redes sociales, así como la intencionalidad de quienes no perdonan al converso que no se calla— que llevan a una multitud de personas de las más diversas sensibilidades a sumarse, aplaudir o tolerar el linchamiento. Parafraseando las célebres palabras de Albert Einstein: el mundo no está en peligro por las malas personas, sino por todas aquellas que permiten, contribuyen o aplauden que la maldad se desencadene.

Esta consideración no excluye una reflexión autocrítica respecto de expresiones no solo desafortunadas e injustas, sino que incluso pueden resultar —al ser sacadas de su contexto y sin que quien las profirió haya tenido la intención de hacerlo— hirientes para quienes han sufrido en carne propia o de sus seres queridos la vulneración de sus derechos fundamentales. Este es el caso específico de las palabras del libro *Diálogo de Conversos* que tuvieron un papel clave para que se pudiera montar la campaña de persecución y difamación en mi contra.

El haber incurrido en ello justifica una crítica severa, así como una rectificación e incluso el pedir perdón por el dolor involuntariamente causado, pero de ninguna manera puede servir de excusa para legitimar el linchamiento de una persona atribuyéndole puntos de vista gravísimos y absolutamente reñidos con los que siempre ha sostenido y tratando de

enlodar su imagen con todo tipo de infundios a fin de convertirlo, ante la opinión pública, en una especie de despreciable escoria humana.

I. El negacionista

Ministro por 94 horas

Me integré al Gobierno del Presidente Sebastián Piñera por la tarde del domingo 11 de marzo de este año con el cargo de Director de Contenidos y Estrategia de la Presidencia. Mi tarea era, junto con algunos colaboradores, entregarle al Presidente los antecedentes, análisis y apoyo redaccional requeridos para su reflexión estratégica y sus intervenciones públicas. Dejé ese puesto por la tarde del jueves 9 de agosto, después de haber redactado 218 minutas y sostenido múltiples reuniones de trabajo con el Presidente, para pasar a ser ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. 94 horas después, por la tarde del lunes 13, el Presidente aceptaba formalmente mi renuncia. Sus palabras de agradecimiento fueron el mejor reconocimiento a la labor desempeñada a su lado: "Quiero agradecerle a Mauricio Rojas por su capacidad, su compromiso, lealtad, vocación de servicio público y también por su paciencia, y espero que podamos seguir colaborando, porque ministro usted lo sabe, yo le tengo un gran aprecio y una gran admiración."

El camino hacia una posición de tanta responsabilidad se inició por la tarde del 28 de marzo del año 2013. Ese día, jueves santo, volé junto al Presidente en un helicóptero de Carabineros desde el helipuerto del Ministerio de Relaciones Exteriores hasta Cerro Castillo, en Viña del Mar. Esa misma noche tuvimos la primera conversación de lo que llegaría a ser *Conversando con Sebastián Piñera*, libro publicado en marzo de 2014.[8] Ese fue el comienzo de una colaboración que no ha cesado hasta ahora y que se plasmó en la redacción de otro libro, *La historia se escribe hacia adelante*,[9] publicado a mediados de 2016, en mi participación en la redacción del Programa de Gobierno, *Construyamos tiempos mejores para Chile*, en mi incorporación al "Segundo Piso" y, finalmente, en mi designación como ministro.

Antes de ello, había vivido en Suecia y en España. Siendo profesor tanto de la Universidad de Lund, donde el año 1986 obtuve el título de Doctor con mención en Historia Económica, como de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, donde además dirigí el Observatorio para la

Inmigración y la Cooperación al Desarrollo. Fui miembro del Parlamento de Suecia entre 2002 y 2008, y publiqué más de una veintena de libros editados en siete idiomas distintos.

Durante ese largo recorrido, dejé atrás las ideas marxistas de mi juventud revolucionaria y asumí una posición liberal, similar a la de Mario Vargas Llosa, es decir, integral, cuyo punto de partida es el respeto irrestricto a la libertad y la dignidad de los seres humanos, así como el rechazo a toda ideología, movimiento o régimen político que las amenace, coarte o destruya. De toda esta evolución trata *Diálogo de Conversos*, libro que escribí, o mejor dicho conversé, con mi amigo y canciller desde el 11 de marzo de 2018, Roberto Ampuero.

Tanto en ese texto como en muchos otros de mis escritos desarrollé una visión de los hechos que llevaron al 11 de septiembre que cuestionaba el relato que había llegado a ser hegemónico sobre la destrucción de nuestra democracia. Lo que he demandado en mis textos e intervenciones referidos al tema es una responsabilización plena de todos los actores relevantes por nuestra debacle democrática, pero no para disculpar ni aminorar el terror que vendría, sino para ser honestos con nuestro país y poder aprender de su gran tragedia moderna.

Esa es, siendo muy sucinto, la persona que llegó a ser ministro por 94 horas. Lo que sigue ahora es la historia de su caída.

La Tercera da el primer paso

El viernes 10 de agosto empecé a desempeñar mis labores como ministro. Me reuní con los subsecretarios y las jefaturas de diversas secciones del Ministerio. A todos ellos les transmití el encargo fundamental que me había hecho el Presidente: trabajar incansablemente por democratizar la cultura, es decir, hacerla más accesible a todos los chilenos superando aquellas importantes brechas, tanto sociales como regionales, que hoy existen en las oportunidades para producirla y disfrutarla. Fueron encuentros muy cordiales que auguraban un gran trabajo en equipo y que me permitieron conocer, aunque solo fuese brevemente, colaboradores de gran valor y entrega.

El sábado 11, a primera hora, se publicó en la sección *Cultura&Espectáculos* del diario *La Tercera* una texto titulado “La conversión de Mauricio Rojas”. En ese texto aparece, sin decir que se trata de una cita abreviada de *Diálogo de Conversos*, libro publicado el año 2015, lo siguiente: “Crítico del rol de la izquierda en el quiebre de la democracia en Chile, Rojas es un detractor del Museo de la Memoria: ‘Más que un museo (…) se trata de un montaje cuyo propósito, que sin duda logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle razonar (…) Es un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente’, dijo.”

De esta manera, se dio la impresión que estas palabras habían sido vertidas en mi calidad de ministro, lo que fue un factor importante de lo que seguiría, no menos porque de esta manera el ministro habría expresado una opinión claramente discrepante de la sostenida por el Gobierno. Luego, el diario comprendió que se había tratado de un uso impropio de una cita de un libro que había dado pábulo a un serio equívoco. Por ello, la versión ahora disponible en Internet fue alterada respecto de la aparecida en la edición impresa y en la primera versión en Internet.[10] En la versión actual, el párrafo termina así: “dice en una cita de ‘Diálogo de Conversos’ (2015), su libro de conversaciones con Ampuero”. Sin embargo, no se aclara que se trata de una modificación del texto original y la publicación sigue llevando la fecha 11 de agosto a las 7:00 de la mañana.

También es interesante conocer en su integridad lo que se dice en *Diálogo de Conversos* y no solo la versión mutilada que publicó el diario, ya que en lo que falta se subraya que se trata de una crítica al museo como tal y no a los hechos que relata (pongo en cursivas las partes excluidas por *La Tercera*): "La verdad es que más que de un museo —*que como tal debe buscar hacer comprensibles las cosas y en el cual siempre debe imperar un sentido responsable y serio de la historia*— se trata de un montaje cuyo propósito, que sin duda logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle razonar. *Es una manipulación de la historia usada por quienes manejan el presente a fin de controlar el futuro, tal como Orwell decía*. Es un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente."[11]

Por último, cabe establecer sobre los hechos mismos que en el diálogo sostenido con Roberto ya se había establecido, como punto de partida de nuestra consideración acerca del Museo, que no se lo criticaba "*por los horrores de la represión que exhibe, y que debe exhibir para que no se olviden, sino por lo que no cuenta, por lo que calla*."

El negacionista

A partir de este texto acortado, en el que aun así es patente que la crítica se dirige al Museo como tal y a su uso de la memoria para construir un determinado relato histórico, se pasa rápidamente a la afirmación de un supuesto negacionismo de las violaciones de derechos humanos ocurridas bajo la dictadura. En esta construcción de una evidente falsedad, la palabra "montaje" es descontextualizada e interpretada como si lo que se cuestionase no fuese el Museo, sino los testimonios reunidos en el mismo. [12]

Este es un elemento clave de todo lo que vendrá, ya que *adultera radicalmente el sentido de lo dicho*, que deja de ser una consideración crítica sobre un museo —que se puede compartir o no, ya sea en el fondo o en la forma, pero que en sí es legítima— para convertirse en una negación absolutamente repudiable de hechos innegables y dolorosísimos.

Lo increíble de esta deformación del sentido real de mis palabras es que las mismas están sacadas de *Diálogo de Conversos*, obra donde se reconocen clara y reiteradamente los funestos hechos aludidos y se subraya un absoluto repudio a toda forma de dictadura o violación de los derechos humanos. Cualquier persona que de buena fe se dé el trabajo de al menos hojear el libro podrá constatarlo sin la menor dificultad.

Más aún, unas pocas páginas antes del párrafo citado por el diario, yo había afirmado contundentemente que nada exime de su responsabilidad al régimen militar por el "*terrorismo de estado*" que le impuso a Chile, que es la forma más dura con que se puede calificar la forma represiva adoptada por la dictadura.[13] Además, ya al inicio de la parte de nuestro diálogo sobre el Museo, Roberto, que es quien plantea el tema, declara que "*nada justifica la violación de derechos humanos bajo la dictadura*".

Estos puntos de vista no son casuales o antojadizos, sino que constituyen una constante en una obra ya extensa y desarrollada durante cerca de cuarenta años que plasma una profunda convicción liberal que sostiene la universalidad de los derechos humanos y el rechazo a toda dictadura. Si alguno de mis detractores, por decencia mínima antes de

etiquetarme como negacionista, se hubiese dado la molestia de leer algo de lo que he escrito habría encontrado múltiples denuncias del “*horror de los crímenes de la dictadura*”, llamados a reflexionar sobre lo ocurrido “*no para hacer más leves las culpas de la dictadura, sino para entender cómo se abrieron las puertas a quienes luego no trepidarían en usar sistemáticamente la violencia y el crimen para alcanzar sus propósitos*”, afirmaciones acerca de que el recuerdo del general Pinochet “*estará para siempre teñido por los imperdonables crímenes y violaciones de derechos humanos cometidos bajo la dictadura militar*”, o párrafos como el siguiente: “*reconocer los crímenes y las violaciones de derechos humanos cometidos bajo la dictadura militar, así como hacer justicia y reparar a las víctimas, es la antesala necesaria de la reconciliación*”.[14]

Lo que en cambio jamás se hubiese encontrado en mis textos es una sola línea en sentido contrario o una justificación de dictadura alguna, sea esta de izquierda o de derecha. Pero todo esto importaba poco o nada, ahora se trataba para muchos de sumarse lo antes posible a la campaña contra el “ministro negacionista”.

Nada nuevo bajo el sol

Fue un espectáculo deprimente, pero en sí no era nada nuevo bajo el sol. Todo hecho es único, pero en este caso todo siguió un viejo libreto que viene repitiéndose al menos desde que tenemos memoria histórica. La historia universal de la infamia, la calumnia y la persecución reúne innumerables ejemplos de "asesinato moral" y linchamiento de una persona o un grupo de personas, con su lógica implacable y sus componentes característicos que se repiten constantemente.[15]

Lo principal es identificar a la víctima con el mal absoluto, etiquetarlo y estigmatizarlo de una manera tal que su carácter infame no admita la menor duda y se impida el surgimiento de todo sentimiento de empatía, conmiseración o reflexión crítica. Ello requiere no solo exponer e interpretar mañosamente sus puntos de vista, sino, sobre todo, su destrucción moral. Como bien lo expresó Álvaro Vargas Llosa en una columna titulada "El linchamiento de Mauricio Rojas":

> *"Lo esencial de la campaña contra Rojas consistió en atacar su fuerte, que es su autoridad moral. Esa autoridad moral venía dada por dos cosas. Primero, su antigua militancia en la izquierda revolucionaria, el MIR violento de los años 60, y su posterior conversión al liberalismo, proceso derivado de la experiencia, la más poderosa de todas las materias de que puede disponer una persona para llegar a una convicción y luego comunicarla a sus congéneres. A eso se añadía una segunda fuente de autoridad moral: su denuncia, en nombre de la libertad, de toda forma de violencia política, abuso contra los derechos humanos y régimen autoritario o totalitario. Sus libros, artículos y conferencias son desde hace décadas, y allí están todos los textos a disposición de cualquiera que se tome la molestia de acercarse a una librería, hacer un encargo por Amazon o navegar en la red, una denuncia contra los dogmatismos de izquierda y derecha, contra las ideologías que justifican los métodos viles con el pretexto de alcanzar fines nobles."*[16]

Así se construye el “hombre de paja” sobre el cual volcar, sin límite alguno, la inquina política, pero también la rabia, la indignación y el dolor, para finalmente incinerarlo en la hoguera de la plaza pública.[17] A su vez, por oposición al mal representado por la figura demonizada se define un campo del bien, al que para muchos es imperativo sumarse lo antes posible para no quedar en una penumbra sospechosa de complicidad o, al menos, tolerancia para con el mal.

Un factor decisivo para explicar la virulencia de la denostación es conectar a la víctima con un agravio o daño colectivo, culpándolo del mismo o presentándolo como su defensor o encubridor. Sin ello, los promotores de la cacería nunca lograrían movilizar esa multitud que es clave para que este fenómeno alcance su verdadera fuerza. Todo ello se dio, y con creces, en mi caso. Por ello, quienes saben de estas materias pasaron rápidamente y sin la menor ambigüedad a catalogarme de legitimador, encubridor o negador de los crímenes de la dictadura

Así se construyó la parte esencial del argumento detractor: Rojas, un negacionista como aquellos que niegan la existencia del Holocausto, un validador de la dictadura, un ministro que ya en su primera declaración legitima la barbarie y desacredita los testimonios y el dolor de miles de víctimas de la represión, entre ellas mi propia madre que en 1975 estuvo en la tristemente célebre Villa Grimaldi. En suma, un ser despreciable.

Más pruebas inculpatorias

Poco antes de las tres de la tarde del día 11 de agosto, *La Tercera* aportó más antecedentes sobre mis opiniones acerca del Museo. Se trata, por una parte, de un posteo enviado desde mi cuenta de twitter (@MauricioRojasmr) el 18 de noviembre de 2016 que dice: "El Museo de la Memoria de Chile oculta el cómo llegamos a odiarnos tanto. Imagínense lo que la izquierda debería reconocer ante Chile" y, por otra parte, de un pasaje, acoplado a ese tweet, de una entrevista mucho más larga que Camilo Egaña nos había realizado a Roberto Ampuero y a mí cuando estábamos participando en la Feria del Libro de Miami del año 2016 a fin de presentar la edición latinoamericana de *Diálogo de Conversos*. Esto es lo que allí se dice según la versión publicada en *La Tercera*:

> *"—En el Chile de hoy están renaciendo estas tendencias, que parecen no haber aprendido nada ni olvidado nada del pasado. En Chile hay que luchar fuertemente para restaurar la memoria, y también para crear una esperanza… —dice Rojas al inicio del extracto, para ser interrumpido por Camilo Egaña.*
>
> *—Bueno, pero hicieron el Museo de la Memoria, que es una cosa maravillosa… —afirma Egaña.*
>
> *—No, esa es una… Eso es algo para que la gente no piense, para atontarte. No hay ninguna explicación de cómo se llegó a dónde llegamos—, responde Rojas, interrumpiendo de vuelta al periodista.*
>
> *—O sea, el Museo de la Memoria empieza post Pinochet—, consulta Egaña.*
>
> *—¡Pero claro! Ésa es una forma de crearte un verdadero trauma—, es la respuesta de Rojas.*
>
> *Al ser consultado sobre de quién era la responsabilidad de eso, Rojas plantea que "ése es un museo de la izquierda, para contar una versión falsa de la historia de Chile, porque oculta esa parte importante: cómo llegamos a odiarnos de tal manera".*
>
> *Y luego, se explaya en sus cuestionamientos, y por qué le reprocha a la izquierda su conducta. 'Imagínate lo que tienen que reconocer. Imagínate lo que tienen que decir frente a Chile. Y lo que tienen que*

perder en cuanto a ese capital político, cuando tú dices 'yo soy la víctima, aquí están los únicos culpables', cuando tú dices 'yo soy culpable'. Cierto: yo no torturé, ni hice desaparecer, ni maté, como este señor que tenía las armas, pero yo propicié, yo creé el camino por el cual transitaron los tanques', plantea.

'Decir eso, ¡qué bien le haría a Chile! Qué bien le haría a la juventud chilena, que ha nacido con este cuento, y que hoy día, ¡claro!, reproduce esto mismo y no tiene ninguna conciencia real de lo que pasó', es la frase final de la entrevista de Rojas."[18]

Como se ve, se trata de una reiteración con otras palabras de lo ya expresado en *Diálogo de Conversos*, sin hablar en este caso de "montaje" pero sí de "trauma", es decir, de un choque emocional que impide razonar críticamente sobre un hecho. Ello es funcional a un determinado relato de la historia de Chile, pero no porque niegue las violaciones de derechos humanos ocurridas, sino, como allí se precisa, "*porque oculta esa parte importante: cómo llegamos a odiarnos de tal manera*". Finalmente, en mis respuestas se establece claramente lo ocurrido bajo la dictadura al decir: "*Cierto: yo no torturé, ni hice desaparecer, ni maté, como este señor que tenía las armas*".

Oídos sordos

Ante la situación creada envié, poco antes de las cuatro de la tarde del sábado 11 de agosto, el siguiente posteo desde mi cuenta de twitter: “Las declaraciones de hoy en La Tercera sobre el Museo de la Memoria provienen de una entrevista antigua que no refleja mi pensamiento actual. Nunca he minimizado ni justificado las inaceptables, sistemáticas y gravísimas violaciones de los derechos humanos ocurridas en Chile.”

Mi propósito era puntualizar tres cosas. Primero, que se trataba de algo dicho con anterioridad a mi nombramiento como ministro. Sin embargo, aún no me había percatado de que estas palabras provenían de *Diálogo de Conversos* y por ello hablo de “una entrevista antigua”. Segundo, que las palabras reproducidas no reflejaban mi pensamiento actual, lo cual no podía ser de otra manera siendo ministro de un gobierno que veía el Museo de la Memoria como un aporte necesario y valioso para la conservación de nuestra memoria histórica. Finalmente, y para mí lo más importante en ese momento, subrayar mi posición de siempre respecto de las violaciones de los derechos humanos ocurridas en Chile.

Sin embargo, más allá de eso estaba claro para mí que expresiones como “montaje” o “uso desvergonzado y mentiroso” eran excesivas y desafortunadas respecto del Museo como tal, sugiriendo una intencionalidad de engañar que no existía. Quienes diseñaron, han dirigido y dirigen el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos cumplen fielmente el mandato que recibieron, es decir, dar a conocer las violaciones sistemáticas de los derechos humanos por parte del Estado de Chile entre los años 1973-1990. El que se atenga a ello nada tiene que ver con el Museo en sí o con quienes lo dirigen, sino con la misión que le fue encomendada.

El Museo es, por supuesto, como todo museo, una “puesta en escena”, pero ello no implica de manera alguna, como ya lo he reiterado, que sea un montaje en el sentido de falsedad de los testimonios allí exhibidos. Entendidas en este sentido, mis palabras no solo son injustas para con el Museo, sino hirientes y crueles, por lo que sinceramente pido perdón a quienes de buena fe hayan podido interpretar de esta forma lo que expresé en *Dialogo de Conversos*.

Tomadas de esta manera, entiendo perfectamente la crítica e incluso la indignación que hayan podido causar mis palabras. Sobre lo reprochable de mis dichos existe hoy un amplio consenso que, como se sabe, comparten tanto el Presidente Sebastián Piñera como su gobierno. Sin embargo, algo muy distinto es una campaña de difamación y destrucción moral de una persona como la que desarrollaron quienes supieron aprovechar mis desafortunadas palabras para iniciar una despiadada cacería de brujas.

Junto con enviar el posteo recién citado, traté de plasmar estos puntos de vista en una conversación con la periodista María José Ahumada que el día anterior, el viernes 10 por la tarde, me había hecho una extensa entrevista sobre mis tareas como ministro para *Reportajes* de *La Tercera*. Esta aclaración fue la única que hice en los medios sobre el tema y allí dije lo siguiente, según reportó *La Tercera* en su página de Internet a las 16:11 horas del 11 de agosto:

> "Usted señaló que el Museo de la Memoria 'más que un museo se trata de un montaje cuyo propósito que sin duda logra, es impactar al espectador dejarlo atónito, impedirle razonar'. Comentó que tenía un 'uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tanto nos tocó tan dura y directamente'.
>
> —*Esos dichos están sacados de entrevistas anteriores, no sé exactamente de cuándo son, y no reflejan mi posición actual. Primero, nunca he minimizado las violaciones de derechos humanos que se cometieron en Chile. Eso yo lo he condenado siempre, fue absolutamente inaceptable, fueron violaciones sistemáticas y terribles que me afectaron muy cerca: mi madre estuvo en Villa Grimaldi, por lo tanto, tengo una cercanía directa con eso. Y hoy toda expresión que nos divida, que nos confronte, es para mí algo que no tiene lugar. Debemos buscar todo lo que nos una y dejar de lado lo que nos ha dividido y buscar un espíritu distinto para avanzar, por lo tanto, esos dichos no reflejan mi posición actual, ni menos son una forma de minimizar, justificar o aceptar hechos que son absolutamente condenables.*
>
> —Sin embargo, fueron dichos que usted manifestó y que pensó en ese momento. ¿Cree que fueron un error? ¿Se arrepiente?

—*Creo que en ciertos momentos, con polémicas distintas y momentos distintos, uno expresa ideas que al leerlas después uno dice: 'esto no debí haberlo expresado así'. Especialmente, lo que más me duele es que alguien pueda plantearlo como que se estuviera justificando lo que ocurrió en Chile porque siempre he condenado las violaciones de derechos humanos que para mí no fueron hechos circunstanciales, ni por algún subordinado, sino que fueron una política de estado, de violación de Derechos Humanos. Hoy lo importante para mí como ministro es dejar de lado lo que nos divide y concentrarme en la tarea futuro, que tiene que basarse en la unidad y que tenemos que ser bastante generosos. Ese artículo y esas palabras no son parte de ese espíritu y, por lo tanto, hoy día eso está muy lejos de lo que yo tengo que decir, lo que debo decir y lo que quiero decir.*

—De alguna manera a veces se suele vincular a la izquierda con una mayor cercanía al mundo de la cultura. Tomando en cuenta que usted fue del MIR, es un converso y ha sido crítico con la izquierda, ¿no cree que le puede afectar con ciertas organizaciones que se vinculan más a esa línea?

—*Creo mucho en el diálogo y en la creación de un terreno común, donde no está tu historia personal. Porque estamos hablando de un país: del bien de los chilenos. Creo que cualquier persona que tenga un poco de altura de miras va a hacer lo mismo. Esto es lo que ha estado pasando con los acuerdos nacionales, con las mesas de trabajo, donde hemos visto que viene gente de la DC, del PPD y del Frente Amplio que ha sabido priorizar el interés común. Seguimos pensando distinto en muchos terrenos, pero dicen en seguridad, en niñez, tenemos algo que podemos acordar. Y en Cultura, estoy seguro que vamos a tener muchas cosas en las que vamos a coincidir. La idea de democratizar de verdad la cultura creo que es una idea que podría reunir un gran consenso. Me cuesta imaginar que alguien políticamente responsable, con altura de miras, me dijera 'yo no quiero que la cultura llegue a todas partes de Chile'. No lo veo.*"[19]

Si hubiese habido la más mínima disposición a escuchar lo que decía en estas palabras, ello debería haber bastado para, al menos, iniciar un diálogo

sobre el asunto donde pudiésemos explicarnos y también rectificar, porque de eso justamente estaba hablando. Pero no hubo la menor disposición a ello. Los ánimos estaban ya tan caldeados por la dinámica misma de la campaña en marcha y la imagen creada de mi persona era tan derogatoria que el espacio para escuchar era muy reducido. Además, muchos de quienes promovían la cacería parecían entender muy bien que cualquier cosa que produjese la más mínima duda acerca de la demonización absoluta de la presa podía ser fatal para la continuidad de la persecución emprendida.

Incluso recibí críticas por sostener que lo expresado anteriormente no reflejaba mi punto de vista actual. Era algo bien paradojal: por un lado, se me exigía retractarme de mis expresiones pasadas y, por el otro, si lo hacía se me acusaba de oportunismo o algo peor. En fin, el caso estaba cerrado y la condena decidida: ¡Fuera Rojas, adelante con la cacería! Por lo tanto, se siguió repitiendo lo mismo con intensidad creciente, se siguió calificándome de negacionista con aun mayor énfasis, a pesar de lo que decía enfáticamente tanto en el tweet enviado como en las aclaraciones hechas a *La Tercera*.

El montaje de la calumnia

El diccionario de la Real Academia define la calumnia como “acusación falsa, hecha maliciosamente para causar daño”. A partir de mis declaraciones —y para estos efectos ya basta en realidad con lo que había expresado en toda mi obra—, la acusación de negacionismo por personas que por sus responsabilidades públicas tienen el deber de estar bien informadas, especialmente antes de lanzar una incriminación semejante, difícilmente puede dejar de ser calificada como calumnia, es decir, una acusación falsa, hecha maliciosamente para causar daño. La alternativa es calificarla como una pura frivolidad o irresponsabilidad.

En esto es importante distinguir, ya que no se le puede exigir lo mismo a quienquiera que simplemente a partir de la indignación por mis palabras avala o se monta en el carro de la denostación, de lo que sí podemos y debemos exigirles a personeros con altas responsabilidades públicas o a organizaciones políticas de primera línea.

En estos casos, debería tener particular importancia atenerse a lo que establece la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre la responsabilidad de las autoridades estatales:

> *“En una sociedad democrática no sólo es legítimo, sino que en ocasiones constituye un deber de las autoridades estatales, pronunciarse sobre cuestiones de interés público. Sin embargo, al hacerlo están sometidos a ciertas limitaciones en cuanto deben constatar en forma razonable, aunque no necesariamente exhaustiva, los hechos en los que fundamentan sus opiniones, y deberían hacerlo con una diligencia aún mayor a la empleada por los particulares, en razón de su alta investidura, del amplio alcance y eventuales efectos que sus expresiones pueden tener en ciertos sectores de la población, y para evitar que los ciudadanos y otras personas interesadas reciban una versión manipulada de determinados hechos.”*[20]

Sin duda que todos tienen alguna responsabilidad, el “ciudadano de a pie” y quien detenta un alto cargo público, pero no son comparables. Por esta misma razón, he orientado mi búsqueda en torno al calificativo de negacionista y las afirmaciones asociadas a algunos de los principales

partidos políticos y sus máximos exponentes públicos (jefes de partido, parlamentarios y alcaldes). Además, es evidente que en la elaboración y difusión de “artefactos comunicacionales” de semejante calado e intencionalidad las organizaciones políticas acostumbran a jugar un papel clave, siendo capaces de influenciar no solo a su militancia sino también a una amplia periferia que los toma como punto de referencia y fuente de autoridad.

De mi investigación en el ámbito político-partidario fluye una conclusión clara, aunque poco sorprendente: es dentro del Partido Comunista (PC) que se articula más tempranamente y con mayor coherencia el calificativo de negacionista y la argumentación destinada a sostenerlo. Ello repercute con fuerza en su entorno cultural y gremial, que se moviliza con singular fuerza. Por su parte, el Partido Socialista (PS) y el Partido por la Democracia (PPD), así como algunos voceros destacados de la Democracia Cristiana (DC) y el Frente Amplio (FA), lo acompañan con brío en esta deriva difamatoria.

El que sea un partido como el comunista el que destaca con especial fuerza en este terreno no es nada casual. Su historia está jalonada de episodios de persecución e intentos de destrucción moral de quienes han sido sindicados como enemigos, en especial otros comunistas y los conversos que no callan (“renegados” en la terminología partidaria). La escuela en que se formó el partido es la del leninismo y el estalinismo, que llevó no solo el arte de la calumnia a su expresión máxima, sino incluso la aniquilación física de sus adversarios. Sobre ello existe tan amplia documentación que nadie de buena fe puede negar esta lúgubre historia que el PC chileno aplaudió siempre y sin la menor ambigüedad, y sobre lo que aún no se conoce ningún arrepentimiento ni menos un análisis autocrítico de parte del partido. El que, además, sea un partido de los pocos que hoy profesan abiertamente un doble estándar moral respecto de las violaciones a los derechos humanos y las dictaduras a nivel internacional no hace, por supuesto, más presentables sus posturas o las de sus representantes. Pero en fin, no es del caso ahondar en estos temas que hoy son de público conocimiento, aunque sí es pertinente recordarlos porque en este caso no es indiferente quién formula y difunde una cierta acusación.

Revisando la actividad de la cuenta de twitter del PC (@PCdeChile) durante el día 11 de agosto se observa que la primera aparición del "caso Rojas" es un retwitt de un posteo del diputado comunista Hugo Gutiérrez enviado a las 13:34 que dice lo siguiente: "Comparto a plenitud la exigencia del Premio Nacional de Literatura, Raúl Zurita, de no participar en ninguna instancia en que esté presente el recién nombrado ministro de cultura de Piñera que niega el genocidio chileno ¡Aseveración de Rojas es una ofensa a víctimas DDHH!"[21]

Como se ve, el argumento clave está ya claro desde el primer momento: Rojas "niega el genocidio chileno". Luego, durante la tarde, sigue una larga serie de posteos en la que la acusación de negacionismo va decantando y el tono se vuelve aún más agresivo e injurioso. Así, en el posteo que sigue al del diputado Gutiérrez, enviado a las 15:10 por el presidente de las Juventudes Comunistas, Camilo Sánchez, se lee: "En medio de medidas de impunidad a favor de criminales de la dictadura, ministro @MauricioRojasmr se suma a la orquesta y embiste contra la memoria. Para peor, busca de manera insolente vestirse de 'víctima de la dictadura'."

Aquí se agrega un segundo elemento que tendremos oportunidad de analizar con más detalle en el capítulo siguiente: Rojas no solo "embiste contra la memoria", sino que, además, es un impostor insolente.

Luego, a las 16:20, interviene la diputada Karol Cariola: "Las declaraciones del Ministro de Cultura sobre el Museo de la Memoria son INACEPTABLES. Culpar al torturado de su tortura, al fusilado de su fusilamiento y al desaparecido de su desaparición, niega la historia, exculpa a los criminales y criminaliza a las víctimas. INACEPTABLE." Aquí, la acusación de negacionismo se despliega con un dramatismo que ojalá se usase para condenar, en vez de condonar, las tropelías de las "dictaduras amigas".

Como remate de esta escalada que combina la acusación de negacionismo con la denostación personal, es menester citar el posteo enviado por el secretario general del partido, Lautaro Carmona, a las 18:43 de ese mismo día que anuncia el tono y el tipo de acusaciones que se harán comunes a partir del día siguiente: "Rojas el nuevo #MinistroDeCultura de cultura es la negación de la cultura más básica. Sencillamente un activista

de la cobardía, delación y traición tal cual el guatón Romo. Es un ser despreciable. Pero a pesar de él triunfara la inteligencia y la belleza del arte".

El último eslabón significativo de esta cadena durante el 11 de agosto es la declaración oficial del PC posteada a partir de las 21:18: "Una autoridad ministerial que en sus funciones públicas debe, entre otros, preservar la memoria de nuestro país, no puede incurrir en un negacionismo histórico, descarado y ofensivo, tanto para las víctimas de crímenes de lesa humanidad, como para el conjunto de la sociedad chilena, que aún reclama verdad y justicia plena." Esta declaración irá luego acompañada con una fotografía mía, que empieza a ser posteada a las 22:28 del día 11, con la siguiente leyenda sobrepuesta: "PC EXIGE RENUNCIA POR NEGACIONISMO HISTÓRICO".

Pasando ahora a analizar la cuenta de twitter del Partido Socialista (@PSChile) se constata que la actividad en torno a mi caso comienza un poco después de la del PC[22] y no plantea inicialmente la acusación de negacionismo, si bien el tono es siempre muy duro. El primer posteo, a las 14:29, es del diputado Marcelo Díaz: "Presidente @sebastianpinera comparte Ud. las brutales declaraciones de su nuevo ministro de las Culturas sobre el Museo de la Memoria? No se dan cuenta acaso o no le importa pasar por encima de la dignidad de las víctimas de las violaciones a los DD.HH.? Es indignante!!"

Poco después interviene el senador Carlos Montes: "Inaceptables las declaraciones de un Ministro de Las Culturas, chileno, en relación al Museo de La Memoria. Esto merece un rechazo nacional." Y luego, a las 15:28, aparece un interesante posteo del senador Juan Pablo Letelier que no cierra las puertas a que permaneciese en mi cargo siempre que me retractase y pidiese disculpas públicas por mis expresiones sobre el Museo: "Aunque declaraciones son del 2015, es inaceptable que un Ministro de Cultura sostenga que Museo de la Memoria es un montaje. Debe retractarse y disculparse públicamente o renunciar!!"

A las 15:58, el presidente del partido y senador Álvaro Elizalde envía el siguiente posteo: "Las declaraciones del ministro Rojas son graves. Denotan insensibilidad ante el dolor de tantas familias. Recodar en el

Museo de la Memoria las graves violaciones a los DD.HH. no es 'un montaje', es una reflexión para el compromiso de la sociedad chilena de #NuncaMás". Todavía el senador Elizalde se mantiene dentro del marco de lo que, en estas circunstancias, puede ser considerado como razonable, es decir, sin hacer referencias al negacionismo.

Luego seguirán otros posteos, pero a las 17:37 aparece un texto del exministro José Miguel Insulza donde por primera vez se lanza la acusación de negacionismo: "Rojas debería pensar seriamente si alguien que niega los horrores que el Museo de la Memoria recuerda, puede gestionar la Cultura y las Artes en este país."

Esta línea de ataque se consolida en la declaración de prensa posteada por el PS a las 20:20, donde a las palabras ya citadas de Elizalde diciendo: "Las declaraciones del ministro Rojas son graves. Denotan insensibilidad ante el dolor de tantas familias", se agrega, con una redacción algo incoherente con lo anterior, lo siguiente "y actúan como negacionistas de las violaciones de los Derechos Humanos". Con ello se completa la adopción del PS de la tesis negacionista.

Por su parte, en la cuenta de twitter del PPD (@PPD_Chile) el primer posteo sobre el tema es de la presidenta de la juventud PPD, Noelia Tastets, enviado a las 14:12 horas: "Este señor no entiende nada! Vergüenza le debería dar desconocer nuestra historia y a las y los muchos q murieron, fusilaron, desaparecieron y torturaron solo por pensar".

En el segundo posteo sobre el asunto, a las 16:25, interviene su presidente y ex canciller Heraldo Muñoz: "'Montaje desvergonzado y mentiroso' califico el nuevo Ministro de las Culturas Sr. Rojas al Museo de la Memoria. Insultante! Me recuerda frase de Piñera sobre 'muchos que fueron cómplices pasivos, que sabían y no hicieron nada o no quisieron saber'. Como lo que muestra el Museo!"

Posteriormente, a las 19:55, uno de los vicepresidentes del PPD, Tomás Iturbe, envía un posteo con la declaración conjunta del PPD y la Juventud PPD. El posteo con que introduce la declaración dice: "Basta de seguir tolerando a negacionistas de crímenes de lesa humanidad y a quienes hacen apología a la dictadura, sus atrocidades y violación a los DDHH. Esperemos

que Pdte @sebastianpinera por respeto a víctimas, familias e historia remueva al Ministro Rojas #MuseoDeLaMemoria".

En la declaración que acompaña este posteo se lee el siguiente párrafo donde se me incrimina, lisa y llanamente, de hacer apología de la dictadura y sus crímenes, con lo que el PPD le da una vuelta de tuerca más a la calumnia negacionista: "El Sr. Rojas tiene, como todo individuo, el derecho a cambiar de visiones políticas; pero es inaceptable asumir la apología de la dictadura que torturó, encarceló, exilió, asesinó, hizo desaparecer, arrojó al mar, dinamitó restos humanos y transformó a Chile en una virtual cárcel para la mayoría de los chilenos durante más de 17 años."

Voces aún más desaforadas del mundo político, como la del senador Alejandro Navarro o del diputado DC Víctor Torres Jeldes, también pusieron lo suyo. Navarro posteó lo siguiente por la noche del día 11: "Mauricio Rojas es un Renegado contumaz, llegó con chapa izquierda a Suecia y renegó para ser Diputado de Derecha. Y hoy como Ministro niega historia Violaciones de DDHH, la misma historia que esgrimió para ser recibido en el exilio. Destino, ser Mauricio El Breve." Por su parte, Torres, en un posteo retwitteado por la senadora Yasna Provoste, decía: "Un negacionista de la dictadura y un encubridor de magnicidio, dos pilares sobre los que se pretende concretar el rimbombante anuncio de 'gobierno de unidad'?"

En fin, a esas alturas ya estaba desencadenada una verdadera carrera por denostarme e insultarme, y podemos contentarnos con lo referido para constatar hasta qué punto se permitieron llegar, ya el mismo día 11, personas con altas responsabilidades públicas e instituciones políticas que, eso es lo que se espera al menos, deberían tener un poco más de rigurosidad y decencia en sus intervenciones dirigidas contra una persona. Esto no era, sin embargo, sino el prólogo de ataques aún más arteros como los que veremos en el siguiente capítulo.

Un último episodio digno de mencionar ocurrido el día 11 dentro del ámbito político es la declaración de la presidenta de la Comisión de Educación y Cultura del Senado, la senadora Yasna Provoste (DC), y dos de sus integrantes, los senadores Jaime Quintana (PPD) y Juan Ignacio Latorre (FA).

La declaración, hecha circular por la senadora Provoste en un posteo enviado a las 17:58 del sábado 11, comienza así: “Hemos resuelto retirar la invitación cursada para este lunes al señor Ministro a esta instancia y le informamos que no será recibido por ella hasta que se retracte y pida excusas públicas por sus opiniones”. Luego, en su parte esencial, el texto agrega: “Las declaraciones realizadas por el nuevo Ministro de las Culturas y el Patrimonio Mauricio Rojas resultan inaceptables. Reproducen un negacionismo que pensábamos superado, al menos en las autoridades máximas del gobierno. Al señalar que el Museo de la Memoria ‘….se trataría de un montaje (….) y de un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional…’ entre otras lamentables opiniones, no hace otra cosa que intentar negar la historia y atroces crímenes cometidos durante la dictadura cívico militar.”

Así se consagraba, avalado por personeros políticos del más alto nivel, el infundio negacionista. ¿Habían constatado “en forma razonable” los hechos en que fundamentaban sus graves acusaciones, cumpliendo de esa manera con las exigencias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos? ¿O solo lo hacían de oídas y a la rápida, con apenas un par de frases sacadas de contexto y mal interpretadas como arsenal probatorio?

II. El impostor

El mirista que nunca fue

Si el sábado 11 estuvo marcado por el despliegue de la acusación de negacionismo, a partir del domingo 12 se abrirán de par en par las compuertas de un intento de asesinato moral en forma: no se trataba solo de un negacionista, sino además de un impostor que había fabulado su vida de cabo a rabo. Prácticamente no quedará ningún epíteto por usar o calumnia por levantar en la búsqueda de la destrucción total de mi reputación. Fue un espectáculo aterrador, una exhibición de bajeza humana que solo se puede dar cuando se convierte a un semejante en un símbolo de todo lo abyecto e infame, "un ser despreciable", como había escrito el secretario general del Partido Comunista, Lautaro Carmona, en el posteo ya citado de la tarde del día 11.

Ya el sábado 11 se habían lanzado las primeras piedras en esta dirección, haciéndose eco de un texto publicado un par de días antes en Facebook por César Astudillo, a quien conocí cuando ambos formábamos parte de los Grupos de Apoyo al MIR (GAM) en Suecia. En ese texto, cuyos improperios retratan a su autor, se dice que yo nunca había sido del MIR y se intenta desvirtuar mi vida con una serie de aseveraciones francamente descabelladas, afirmando, además, que había llegado al cargo de ministro "por la amistad con otro renegado, Ampuero", y agregando, para finalizar, que "este energúmeno, Rojas, escribió hace algún tiempo atrás un panegírico alabando las cualidades de gran estadista del señor Piñera".

En base a ello, el mismo 11 aparecía una columna con la siguiente rúbrica en la publicación digital de gran difusión *Gamba.cl*:[23] "Destapan fraude del ministro Mauricio Rojas: Jamás militó en el MIR y siempre fue un facho de mierda". En esta columna se me define como "un ultraderechista empleado de los grandes empresarios y terrorista del libre mercado", concluyendo que "Mauricio Rojas es un fraude, como todos los derechistas inmorales".

Sin embargo, este ataque difamatorio no cobraría fuerza hasta la publicación, el 12 de agosto, de un breve texto en *Reportajes* de *La Tercera* en el cual quien fue secretario general de Miguel Enríquez en octubre de

1974, sobrino de Salvador Allende y hoy próspero empresario, Andrés Pascal Allende, afirmaba rotundamente que Mauricio Rojas "no fue militante del MIR".[24]

Esta es una afirmación bien osada ya que, como el mismo Pascal reconoce en una entrevista publicada un poco más tarde en *Eldesconcierto.cl*, "el MIR nunca tuvo un listado de militantes ni fichas de sus integrantes".[25] En todo caso, de acuerdo a *La Tercera*: "Según Pascal Allende, se hicieron averiguaciones entre exmilitantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) tanto en Chile como de quienes estuvieron en el exilio en Suecia, donde tampoco fue parte de las estructuras del MIR."

En la entrevista dada a *Eldesconcierto.cl* Pascal profundiza en las características de sus averiguaciones, aclarando que "la única forma de reconstituir la información es seguir con precisión los datos biográficos del personaje y averiguar con los compañeros que militaron en los lugares que él estuvo, si lo conocieron o qué supieron de él y reconstruir su real historia, lo que en el caso de Mauricio Rojas lleva a confirmar que esto de su militancia en el MIR es un mito."

La entrevista está llena de demostraciones realmente notables de esta "precisión" para seguir "los datos biográficos del personaje". Aquí solo doy un ejemplo y luego se darán varios otros. Según Pascal, después de viajar por Europa durante el año 1971, "él estudió en la Escuela de Derecho donde alcanzó a cursar un año o algo así después que volvió de Europa. Y he consultado con militantes del MIR que estuvieron en esa época en la Escuela de Derecho y todos me confirman que no fue militante nuestro."

La verdad del asunto es, por supuesto, muy distinta. Empecé a estudiar derecho en marzo de 1967,[26] el mismo año en que entré a militar en la célula del MIR de la Escuela de Derecho, y cursé todos los años de la carrera, aprobando todos los ramos excepto Derecho Procesal. El año 72, cuando según Pascal yo debería haber estado cursando el primer año de derecho, yo ya no era militante del MIR y por ello los "militantes del MIR que estuvieron en esa época en la Escuela de Derecho" poco o nada podían saber de mí.

Mi paso por el MIR en Chile (1967-69), así como mi incorporación a los Grupos de Apoyo al MIR en Suecia a mediados de los 70, incluyendo mi selección para ser parte de la Operación Retorno, está relatado con todo detalle en *Diálogo de Conversos*. En el apéndice se encontrarán los pasajes de ese libro donde todo ello se describe pormenorizadamente para que el lector interesado pueda enterarse no solo de mi pasaje por el MIR, sino también de algunos de los entretelones de su evolución durante los años en que yo participé en la vida de esta organización.

Mal hijo

De esta manera se dio inicio en serio a la fase de destrucción o asesinato moral de la persecución ya en marcha, donde incluso se llegó a poner en duda que mi segundo apellido fuese el de mi madre. Así, el senador Guido Girardi se permitió retwittear el día 12 un posteo en donde se lee: "CURIOSIDADES DEL NUEVO MINISTRO DE CULTURA El converso ministro de Cultura dice llamarse Mauricio Rojas 'Mullor' siendo hijo de la señora Juana Muñoz (QEPD) ¿Quién puede explicar el cambio del apellido materno?"[27]

Por supuesto que nadie podría explicarle al senador Girardi un cambio de apellido que nunca existió: mi madre se llamaba, para su conocimiento, Juana Luz Mullor Guzmán. Pero no es de extrañar la frivolidad con que este senador de la República hace circular este tipo de posteos ya que poco antes, a las 19:18 de ese mismo día, había difundido un posteo propio con la siguiente formulación llena de insidia: "Quién es el ministro Rojas? Un mitómano? Un impostor? Un neonazi? Un acomodaticio? En todo caso alguien que desprestigia la cultura y le hace un inmenso daño al gobierno y al país".

Sobre mi madre se ha dicho y mentido mucho. Así, por ejemplo, Andrés Pascal, que respecto de los pormenores de mi vida es tomado por algunos como una genuina autoridad, dice lo siguiente en la entrevista ya citada de *eldesconcierto.cl*: "En 1974 su madre fue detenida porque escondió en su casa a un profesor socialista. Ella fue detenida y llevada a Villa Grimaldi donde fue intensamente torturada. Posteriormente, ella salió a Suecia. A raíz de la salida de Chile de su madre, Rojas también viajó a Suecia después, pero no era un perseguido por la dictadura ni asilado político (...) Todo este viraje hacia la derecha causó mucha molestia en su madre la que no volvió a hablar con él y cortó toda relación por su postura fascistoide."

Excepto lo del paso por Villa Grimaldi, todo lo demás es un invento. Mi madre fue detenida el 6 de abril de 1975 por esconder a un músico mirista, Isidro Arias (su caso consta en el Informe Rettig), y viajó a Suecia el año 1976 gracias a las gestiones que hice en ese país donde residía ya desde enero de 1974. Nunca dejamos de vernos y murió en mi compañía en la

ciudad de Lund, Suecia, a la edad de 54 años de cáncer linfático. Quien quiera realmente informarse sobre los detalles de mi relación con mi madre hará mejor en leer *Diálogo de Conversos* y no las lamentables fabulaciones que hoy circulan profusamente.[28]

Agente de la CNI

La difamación conocería uno de sus momentos culminantes un par de días más tarde, con la amplia difusión de una foto que probaría que yo había sido un agente de la Central Nacional de Informaciones (CNI) y guardaespaldas nada menos que de Álvaro Corbalán. Así comenta *Radio Biobío* es su página de Internet (14 de agosto) el hecho: “Una histórica fotografía fue ampliamente difundida este martes a través de redes sociales. En la imagen puede verse como protagonista a Álvaro Corbalán, uno de los personeros más tristemente célebres de la Central Nacional de Informaciones (CNI), principal organismo represor de la dictadura. Junto a él, mirando a la cámara, camina el ex subprefecto de Investigaciones, Miguel Jara Sáez. Aprovechando un relativo parecido físico, la imagen se difundió asegurando que se trataba de Mauricio Rojas, recién renunciado ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, tras 90 horas en el cargo.”

La fotografía fue ampliamente difundida, entre otros, por destacadas personalidades del mundo de la cultura, como Malucha Pinto vía Instagram, quien en el texto al pie de la foto y dirigiéndose a sus más de 45 mil seguidores decía: “Que les parece esta fotito? Reconocen a los personajes? Álvaro Corvalan, el innombrable cantor de Santiago, con Mauricio Rojas con pistola…”. Por su parte, la actriz Katty Kowaleczko le retwitteaba a sus más de 25 mil seguidores un posteo enviado por la noche del día 13 con la infamante foto y el siguiente texto: “Alguna duda que el Mauricio Rojas era agente de la CNI, ahí está con el asesino Alvaro Corvalan y con una pistola al Cinto, esos son los cercanos a Piñera!! La Renuncia no es suficiente!! Mil RT para que se sepa”.[29] También la cadena de restaurantes Liguria, Meca culinaria y punto de encuentro de la “izquierda caviar”, se sumó, con sus 136 mil seguidores en twitter, a la campaña de difamación con un posteo enviado la noche del 13 con la foto y el texto: “Ahí tení a tu ministro”.[30]

Afortunadamente, en este caso la patraña quedó desmentida gracias a la pronta intervención de una sobrina de Miguel Jara Sáez, quien en redes

sociales aclaró: “El hombre de la foto es Miguel Jara Sáez, subprefecto de investigaciones de Chile y quien fuera el oficial aprehensor de Álvaro Corbalán, detuvo al guatón Romo y a otros violadores de DDHH, fue un honorable funcionario público y una excelente persona, y ahora su imagen está siendo mal utilizada, relacionándola a la escoria de Corbalán, y el exministro Rojas, dañando a toda una familia. Este hombre además fue mi tío. Por favor compartir.”

El racista

A la lista de agravios ya comentada debo agregar uno que si bien tuvo un impacto algo menor no deja por ello de ser grave: la acusación de ser racista. Este infundio se refiere a mi vida política en Suecia y, en particular, al tema candente de la integración de los inmigrantes.

En la larga entrevista dada por Andrés Pascal a *eldesconcierto.cl* el domingo 12 también se puede leer lo siguiente: “En Suecia y en su primer periodo, Rojas al igual que toda la gente chilena que había llegado hasta allá, apoyaba las actividades anti dictatoriales de los distintos partidos. Allá estudia en la universidad y en ese proceso es donde hace su conversión al anticomunismo, y ahí participa en un centro de estudios financiado por la colonia judía sueca, que es muy de derecha y reaccionaria. Organización que se conoce como Partido Liberal, que no tiene nada de liberal salvo en economía y al contrario en política es un partido de extrema derecha fascistoide.”

Se trata de una demostración insuperable de la total ignorancia de Pascal sobre la política sueca, pero además de una verdadera “patudez”, tal como la mostrada al hablar sobre mi vida, por permitirse opinar sobre lo que nada sabe. Nadie que tenga un mínimo de seriedad avalaría en Suecia un juicio semejante al de Pascal, que, además, sería tildado no solo de difamatorio, sino directamente de antisemita por su alusión descabellada a la colonia judía sueca. El Partido Liberal es un respetable partido social-liberal de larguísima trayectoria en la política sueca y credenciales antifascistas y democráticas inigualables.

Me permito traducir algunos breves párrafos de la popular *Wikipedia* en inglés para que el lector se dé una idea de lo alejado que está Pascal de la verdad: “Los liberales (en sueco: *Liberalerna*, L) es un partido político liberal y social-liberal en Suecia (…) La ideología oficial del partido ha sido históricamente el liberalismo social, lo que implica un fuerte compromiso ideológico con una economía mixta (…) La ayuda internacional y la igualdad de la mujer han sido temas muy importantes y el partido defiende actualmente el feminismo liberal y la entrega de un punto porcentual completo del PIB en ayuda internacional (…) el partido fue un

fuerte opositor del comunismo y el nazismo durante el siglo XX (…) En materias referidas al mundo en desarrollo, el partido apoyó la descolonización y promovió el boicot de Sudáfrica para ayudar a derribar el sistema del apartheid. También se opuso a las dictaduras comunistas del Tercer Mundo". Esto es lo que Pascal se permite llamar "un partido de extrema derecha fascistoide", pero tal vez para él quienquiera que denuncie las dictaduras comunistas es un fascista.

En esta misma entrevista el ex jefe del MIR también afirma lo siguiente acerca de mí: "En esa función (como miembro del Parlamento de Suecia) se caracterizó por su posición extrema contra la migración, curiosamente, siendo un migrante, lo que provocó mucha molestia entre los exiliados." Este despropósito debe de haber sido tomado del texto ya referido publicado en Facebook por César Astudillo que dice: "Efectivamente fue Parlamentario en Suecia y su principal preocupación legislativa fueron políticas en contra de los inmigrantes, por ejemplo en su opinión, sólo podían permanecer en Suecia quienes hablaran perfectamente el idioma y que renunciarán a sus raíces."

Desarrollando esa veta calumniosa, *eldesconcierto.cl* publica tempano el lunes 13 un largo texto con la rúbrica: "El racismo de Mauricio Rojas en su rol de vocero del Partido Liberal en Suecia". En este caso, se aduce como fundamento de un titular semejante lo dicho por una académica de Uppsala con raíces chilenas, Irene Molina, que me critica por no aceptar la existencia en Suecia de un supuesto "racismo estructural" y, entre otras cosas, dice: "Rojas será recordado en Suecia por sus participaciones activas en el debate público llamando a aplicar legislaciones diferenciales y discriminatorias para aquellos que hubieran ingresado al país como inmigrantes. Un ejemplo de lo que realizaba era practicar la deportación en el caso de que las personas cometieran actos delictuales." Me imagino que esto último es una mala transcripción de lo dicho por Molina ya que acusarme de "practicar la deportación" excede incluso lo que mentes febriles pueden llegar a fantasear.

No es del caso, en este contexto, entrar en detalles sobre todo esto. Afortunadamente, el lector interesado en conocer mis verdaderas opiniones sobre estos temas —que cobran cada vez más actualidad en Chile— puede

consultar un extenso ensayo que publiqué el año 2006 en la revista española *Cuadernos de Pensamiento Político* y que está disponible en Internet.[31] En este texto, constatando el fracaso manifiesto y hoy ampliamente reconocido de la política de integración sueca, planteaba la necesidad, para poder seguir con una política de puertas abiertas, de potenciar al máximo la integración laboral de los inmigrantes y refugiados, así como los elementos que fortalecen la cohesión en una sociedad cada vez más heterogénea.

No quiero, sin embargo, abandonar este tema sin referirme a las dos afirmaciones concretas que mis detractores han hecho. La primera, hecha por Astudillo, acerca de que a mi parecer "sólo podían permanecer en Suecia" los inmigrantes que "hablarán perfectamente el idioma y que renunciarán a sus raíces". Con una propuesta tan absurda y cruel, yo mismo me hubiese condenado a la expulsión ya que ni hablo de manera perfecta el sueco (cosa nada fácil para quien llegó con 23 años a Suecia), ni he renunciado a mis raíces. Lo que sí plantee, y con mucha fuerza, se refería a las condiciones para adquirir la ciudadanía sueca, para lo cual me parecía importante tener un cierto conocimiento del idioma, así como de la historia y la cultura del país al cual se aspiraba a pertenecer de una manera tan definitiva y plena como cuando se adquiere la ciudadanía. Esto no solo es una exigencia que propicia la integración y la cohesión social, sino que se aplica en una gran cantidad de países.[32]

La segunda afirmación es de Molina acerca de mi propuesta "diferencial" y "discriminatoria" respecto de "practicar la deportación en el caso de que las personas cometieran actos delictuales". Lo que propuse el año 2005 como parte del programa de integración del Partido Liberal fue efectivamente expulsar del país a quien no siendo ciudadano sueco cometiese delitos graves o reiterados, lo que me parecía y me sigue pareciendo perfectamente razonable, especialmente con la finalidad de señalar con claridad que existen límites para quienes abusan de la hospitalidad del país que los ha acogido. No hacerlo no beneficia en absoluto a aquella gran mayoría de inmigrantes que respeta las leyes y que, por lo demás, es la víctima más habitual de la minoría que delinque. Además, una actitud laxa en este sentido solo lleva a la deslegitimación generalizada de la política de inmigración y provoca reacciones defensivas

e incluso xenófobas en la población nativa que terminan propulsando, tal como ha ocurrido en Suecia, el surgimiento de grandes partidos populistas que derechamente quieren cerrar las fronteras. Lo mismo ha ocurrido en muchos otros terrenos —como la falta de decisión para combatir el islamismo violentista o terminar con los enclaves donde a nombre del multiculturalismo se sigue oprimiendo a las mujeres y limitando las libertades básicas del individuo— con las mismas consecuencias.

Estado Nacional

El domingo 12 a las 10 de la mañana sintonicé *Estado Nacional*, el programa estrella de Televisión Nacional en materia de debate político. Quería de esta manera darme una idea del “estado de la cuestión” y la verdad es que quedé atónito: en pocas horas la imagen del negacionista impostor había calado tan hondamente que ya podía ser presentada como una verdad evidente.

El programa se inicia con mi caso y después de una introducción hecha por la conductora del programa, Andrea Arístegui, interviene el exministro y primer vicepresidente del PPD Francisco Vidal: “Yo creo que el único montaje que existe es él mismo, yo creo que él es un montaje en sí mismo.” La conductora pregunta “¿Por qué?” y Vidal se explaya: “Porque hoy día el MIR le dice que nunca militó en sus filas. Otra gente que conoce de derechos humanos dice que nunca le estuvo prohibido el ingreso. Efectivamente vivió en Suecia, fue diputado por el Partido Liberal sueco, que es la derecha sueca. Así que si de montaje hablamos, él es un montaje.” En este caso, es evidente que la fuente principal de estas afirmaciones es lo dicho por el oráculo sobre mi vida, Andrés Pascal.

Así, basado en habladurías y sin la menor investigación mínimamente seria sobre el asunto, Francisco Vidal se permite calificarme de montaje, con el sentido explícito de impostor o fabulador. Luego de este ataque *ad hominem* o desacreditación de la persona, pasa a la acusación de negacionismo: “Lo que ha dicho es peor que lo del bingo, peor que los huevos del otro, de Valente. Decir que el Museo de la Memoria es un montaje es negacionismo absoluto, es como si un alemán dijera que no existió el holocausto.” Y continua de esta manera: “Voy a repetir lo que dijo Zurita: Nadie puede negar los más de dos mil fusilados, los más de mil desaparecidos. Nadie puede negar los más de 38.000 torturados.”[33]

Así de contundente fue Francisco Vidal, sin ninguna prueba de que yo niegue o que alguna vez haya negado todo ello, pero a esas alturas las pruebas eran superfluas para quienes frívolamente o por oportunismo político, o por ambas cosas, se habían subido al carro de la infamia.

Afortunadamente, en el curso del programa el director del Centro de Políticas Públicas de la Universidad del Desarrollo, Gonzalo Müller, hizo la siguiente precisión que por más obvia que fuese era, en esas circunstancias, francamente de agradecer: “yo nunca le he leído una línea a Mauricio Rojas, y (dirigiéndose a Francisco Vidal) si usted leyó, igual que yo, el libro de los conversos, nunca, nunca, hace una negación de las violaciones de derechos humanos”. Pero de poco podían servir estas palabras absolutamente verídicas en un ambiente de cacería y linchamiento como el que ya existía.

No es del caso seguir analizando otras de las muchas cosas que se dijeron durante el programa, sino simplemente constatar que ya en la mañana del domingo 12 habían cristalizado, en una síntesis tremendamente agresiva, los dos componentes básicos de la demonización de mi vida y mi persona: Mauricio Rojas, el negacionista y el impostor.

De esta manera podemos cerrar este recuento de algunos de los infundios lanzados en mi contra y pasar a analizar en último acto de la cacería: la avalancha y la renuncia.

III. La avalancha y la renuncia

La avalancha

Durante el domingo 12 las críticas del día anterior se convierten en una verdadera avalancha de expresiones de repudio, insultos y acusaciones de la más variada especie provenientes del mundo político, cultural y sindical en plena movilización. Al igual que el día anterior, es el Partido Comunista el que con más fuerza y persistencia lleva el pandero junto a una serie de medios digitales de gran circulación como, entre muchos otros, *Gamba.cl, eldesconcierto.cl* y la versión online de *The Clinic*.

De este último medio cabe destacar el siguiente titular: "'Puto' y 'este culiao es lo peor': Pablo Schwarz explota contra el ministro de Cultura, Mauricio Rojas´", con un texto donde, entre otras cosas, se informa lo siguiente: "El actor nacional, Pablo Schwarz, no se aguantó y se unió a gran parte del mundo de la cultura y las artes que cuestiona la llegada de Mauricio Rojas a dicho ministerio (…) Al respecto, Schwarz disparó que 'este culiao es lo peor. A exigir su encarcelamiento por negacionista de horrorosos crímenes cometidos por sus amigos de mierda'. Añadió que está 'con ganas que el puto de Mauricio Rojas pase a ser un montaje desaparecido, conchetumadre!'"

El mismo medio informa también de un posteo de más clase de la actriz Aline Kuppenheim con el siguiente tenor: "Un negacionista en el ministerio de cultura es como tener al guatón Romo en el de justicia y derechos humanos (a riesgo de perder mi Fondart)". Además, se informa de la declaración de 153 abogadas ("Carta a las personas de bien"), emitida durante la tarde del día 12, que se pliegan al infundio negacionista diciendo: "Que quien pretenda arteramente minimizar o, peor, negar la verdad de lo ocurrido, sea hoy una autoridad de la República, es más, sea el Ministro de las Culturas y las Artes, sólo agrava la situación..."

Mucho más importante que estas declaraciones es, por su claridad de propósito y capacidad de movilización, lo que expresa el Partido Comunista. Revisando su cuenta de twitter podemos hacer un breve recuento de algunos de los posteos propios o de otras personas que fueron

difundidos durante el día 12. Esto, dejando de lado los posteos que reiteran la declaración que el partido había hecho el día anterior. Este es el recuento:

- **“**Si un ministro alemán negara los crímenes nazis: ¿ud. cree que lo harían renunciar? (Cómo lo ha hecho el ministro de las culturas llamando ‘montaje’ al museo de la memoria)”.
- “Negacionismo vergonzoso y delirante de @MauricioRojasmr Ministro de las ‘Culturas’ lo incapacita para seguir en el cargo en cualquier sociedad decente, explicación entregada x tuit es banal y absurda”.
- ”No permitiremos que ni ministros, ni ‘intelectualoides’ tiren por la borda el respeto a los DDHH, ni falten el respeto a la memoria. Este gobierno nos está acostumbrando a nominaciones vergonzosas como el de @MauricioRojasmr, por eso, exigiremos su renuncia”.
- ”Por supuesto, me sumo a la invitación del poeta Raúl Zurita. Es inadmisible permitir el negacionismo, a personajes que recurren al desconocimiento, a la mentira para justificar la violación a los DD.HH y el golpe de Estado. Exigimos la renuncia del ministro @MauricioRojasmr”.
- “¿Se imaginan a un ministro alemán diciendo que Auschwitz, Birkenau o Treblinka son un montaje? ¿Se imaginan a un ministro sudafricano diciendo que el Museo del Apartheid es un montaje? Declaraciones del Ministro de Cultura sobre Museo de la Memoria son inaceptables”.
- “Sólo le queda presentar su renuncia Ministro de las Culturas y las Artes... (.@MauricioRojasmr) Se debe legislar el negacionismo y encarcelar a quienes lo promuevan!!!”.
- “Visité Buchenwald, Dachau y Auschwitz, Lídice, el ghetto de Cracovia, nunca vi ‘explicaciones’ de parte de los victimarios de porqué actuaron como bestias Nadie me explicó que había que exterminar seres humanos por alguna buena razón”.
- “El #MinistroDeCultura por ética de servicio público debe renunciar. El negacionismo es anticultura en cualquier funcionario público, pero con mayor razón en un país que vivió

el fascismo. Con ese criterio para este ministro la operación cóndor debe ser un invento. Que RENUNCIE”.
- “Impostor y negacionista llega a ministerio de cultura. De verdad lo aceptaremos? #quesevayarojas”.

Durante el día también se sumó una larga serie de organizaciones de diverso tipo a la campaña, cada vez más bulliciosa y militante, contra el “negacionista Rojas”. A continuación, me contentaré con dar solo cuatro ejemplos representativos tomados de declaraciones de organizaciones activas en el campo de la cultura, las artes y el patrimonio:

- “Cuestionar o relativizar lo que fueron las violaciones a los derechos humanos en Chile es una cuestión que un Ministro de la República no puede hacer. Existe un consenso básico de convivencia democrática en el mundo civilizado que es la condena irrestricta a la violación de DDHH sean perpetrados por regímenes de izquierda o derecha.” (Sindicato de Actores de Chile)
- “La sorpresiva designación de Rojas constituye más que nada un mensaje, una amenaza tácita a nuestros gremios por parte del Gobierno. Demuestra la baja prioridad que tienen las culturas y las artes para el gobierno y —en este caso— el desprecio por el patrimonio, la memoria y los derechos humanos, concediendo crédito a los sectores negacionistas y contumaces que minimizan la historia y la violación de los derechos humanos cometidos. El Ejecutivo ha optado por poner a la cabeza del ministerio que supuestamente nos representa, a un personaje que, fatalmente, se deja llevar por su vehemencia y personalismo en función de tener una mejor aceptación en el sector político con el que ahora quiere ser identificado, la ultraderecha que hoy levanta cabeza con expresiones como las que criticamos.” (Unión Nacional de Artistas)
- “Inaceptable las declaraciones de un ministro de culturas, es inconcebible la negación a las violaciones de DDHH vividas en nuestro país. Ahora nos dirán que debemos promover la cultura del olvido y la impunidad!!! Como organización de trabajador@s

no aceptaremos este tipo de declaraciones, y mucho menos la instalación de la idea de negación de la dictadura en nuestras instituciones!” (Asociación Nacional de Trabajadores del Patrimonio)

- A estas declaraciones se debe sumar la hecha ya el 11 por la Asociación Nacional de Funcionarios de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos: “El Museo de la Memoria es la institución cuyo rol es, conmemorar a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura cívico militar más horrorosa y cruenta acaecida en nuestro país. Régimen brutal de facto donde los aparatos represivos del Estado de Chile, exterminaron sistemáticamente a los opositores al régimen fascista y dictatorial, dejando una trágica y triste huella de detenidos desaparecidos, asesinatos, ejecuciones, torturas y sufrimiento de las víctimas, de sus familiares y de la sociedad en su conjunto. Desconocer y relativizar esa verdad, —sabiendo que prácticamente no ha habido justicia, incluido el dictador—, es una aberración histórica y política inaceptable para un personero que recién asume la cartera cuya misión es promover, resguardar y difundir la Memoria de nuestra nación.”

Golpes inesperados

En circunstancias como las que yo estaba viviendo hay mucho que impacta y duele, pero lo que más duele es cuando quienes te conocen bien y comparten muchas de tus ideas faltan a un mínimo deber de solidaridad para con quien está siendo golpeado inmisericordemente. Este es, lamentablemente, el caso de la directiva nacional de Evópoli encabeza por Hernán Larraín Matte y con Felipe Kast y Luciano Cruz-Coke entre sus vicepresidentes.

La declaración de Evópoli, hecha circular por la tarde del domingo 12, ha sido criticada por representar un desmarque desleal con el gobierno del que este partido forma parte. Eso es cierto, pero no es ese el punto que en realidad me duele. Menos aún es el que hayan rechazado mis expresiones acerca del Museo, que yo mismo había criticado el día anterior. Lo que ya es reprochable es la formulación de la declaración donde después de una introducción se dice: “Nada, nunca, en cualquier circunstancia o lugar, justifica la violación de los DDHH.” Cosa con la que yo no podría estar más de acuerdo. Pero a continuación se dice: “Por ello, rechazamos las declaraciones que en el pasado hiciera el actual ministro de Cultura, Mauricio Rojas, en las que se refiere al Museo de la Memoria como un montaje.”

La dirección nacional de Evópoli podía, obviamente, rechazar mis declaraciones por muchas y buenas razones, pero no por justificar la violación de derechos humanos, porque, como ya hemos visto, no lo hacen. Pero aún más reprochable es lo que la directiva nacional no dice, ya que contradiría la formulación equívoca de su comunicado: que yo nunca he justificado ni minimizado y menos he negado violación alguna de los derechos humanos ni avalado un régimen dictatorial, cosa que bien sabían los redactores del texto.

En una circunstancia donde una persona está siendo difamada y perseguida sin contemplaciones por cosas que nunca ha dicho, cuando toda su vida está siendo escarnecida y humillada, quedarse en silencio a sabiendas de que todo ello es una calumnia es un acto poco noble. También el Presidente, así como muchas otras personas con las que comparto mucho,

se distanciaron sin la más mínima ambigüedad de mis dichos sobre el Museo, pero ninguno de ellos dejó de señalar, con firmeza, mi compromiso inquebrantable con los derechos humanos y la democracia.

Estas fueron, por ejemplo, las palabras del Presidente Piñera al comunicar que aceptaba mi renuncia: "sin perjuicio de reiterar que no compartimos las apreciaciones hechas en el pasado por Mauricio Rojas, respecto del sentido y misión del Museo de la Memoria, situación que —por lo demás— él mismo aclaró al afirmar que esas afirmaciones no reflejan su pensamiento actual, nadie puede negar que, a lo largo de toda su vida, Mauricio Rojas ha tenido una permanente y consecuente posición de rechazo y condena a toda forma de atropellos a los derechos humanos. De hecho, su propia familia sufrió esos atropellos a mediados de la década de los 70s."

Algo así me esperaba de la directiva de Evópoli y por ello me alegró tanto cuando, a los pocos días, leí una declaración firmada por 36 dirigentes y militantes jóvenes de ese partido haciendo presente con fuerza aquello que, tristemente, se les quedó en el tintero a sus dirigentes máximos: "… rechazamos las versiones que se sostienen desde la oposición, en orden a condenar al ex Ministro Mauricio Rojas como un negacionista de las violaciones a los Derechos Humanos. No solo es una acusación injuriosa y aberrante, sino francamente una tergiversación inaceptable de sus palabras, así como una falta de conocimiento y respeto de la historia de vida de Mauricio".

También Eduardo Salas, el presidente del partido más pequeño de Chile Vamos, el PRI, hizo el lunes 13, después de la reunión del Comité Político que se efectuó por la mañana de ese día en La Moneda, unas declaraciones muy poco afortunadas que indican que se había tragado completamente la patraña negacionista: "Ya ayer se hacía insostenible la situación del hasta ahora ministro Mauricio Rojas. Nosotros desde el PRI emitimos nuestra opinión a través de una declaración pública, en el sentido que nadie en Chile podía decir que lo que pasó durante la dictadura y las graves violaciones a los derechos humanos eran un montaje".

Otro golpe de este tipo, pero de mucha menor relevancia, fue un posteo enviado por el conocido cientista político y columnista Patricio Navia el 12

de agosto con el siguiente tenor: “Me interesa saber qué contexto histórico puede ayudar a entender que Juana Mullor, la madre de @MauricioRojasmr, una militante PS de base haya sido torturada en Villa Grimaldi. Nunca fue acusada de nada ni sometida a juicio. Torturaron a su mamá y Rojas pide entender el contexto”.

Sobre ello me gustaría, entre otras cosas, preguntarle a Patricio Navia cuándo he usado la palabra contexto en relación con lo que le ocurrió a mi madre, o incluso en general en relación a las violaciones de derechos humanos. De lo que sí he hablado reiteradamente es de cómo se destruyeron nuestra convivencia cívica y nuestra democracia, lo que es una pregunta no solo válida en todo sentido sino imprescindible para que ello nunca más se repita. Pero, en realidad, creo que los comentarios sobran en este caso y Patricio sabrá mejor que nadie qué lo impulsa a permitirse este tipo de crueles exabruptos.

La renuncia

El domingo 12 por la tarde —con canales de televisión fuera de mi vivienda, parientes inquietos por las llamadas que recibían inquiriendo sobre mi vida y la de mi madre, manifestaciones programadas para la semana entrante y un boicot generalizado de una parte significativa del mundo de la cultura— llegué a la conclusión de que mi posición como ministro era no solo insostenible, sino contraproducente para el gobierno.

También llegué al convencimiento de que para poder enfrentar la fuerza arrolladora de la cacería y el grave daño causado a mi reputación era necesario contar con una libertad que no era compatible con cargo alguno dentro del gobierno. Al mismo tiempo, decidí no acceder a las innumerables peticiones que se me hacían de dar entrevistas o participar en programas de radio o televisión. Como le expresé a Mónica Rincón en esos días, "hay cosas que se pueden y deben decir en corto y otras en largo. En este caso he decidido escribir un libro sobre el asunto". Y a eso me dediqué a partir del 14 de agosto.

La razón era simple. Lo ocurrido ameritaba un análisis más en profundidad de lo que normalmente permite una entrevista, fuera de que era necesario reunir los antecedentes que me permitiesen desmenuzar una persecución de la magnitud y el ensañamiento que alcanzó la que se desató en mi contra. Además, se requiere cierta distancia para poder emitir un juicio más atinado sobre un hecho tan violento y conmocionante como el que había vivido en carne propia.

Como se sabe, fui convocado a La Moneda cerca del mediodía del lunes 13 para ser informado por el propio Presidente de que mi renuncia sería aceptada, cosa que el mismo comunicó públicamente poco después, recalcando en ese contexto no solo el rechazo a mis dichos sobre el Museo, sino también mi integridad moral así como la legitimidad de una discusión franca sobre cómo y por qué llegamos a destruir nuestra democracia:

> *"…es bueno en nuestro país preguntarnos con la misma libertad, y analizar con objetividad, con profundidad y con buena fe: ¿Por qué se debilitó la democracia y el Estado de Derecho en nuestro país? ¿Por qué la convivencia entre los chilenos y la amistad cívica entre los*

compatriotas se transformó en odios y divisiones tan profundas entre chilenas y chilenos? ¿Por qué se legitimó el uso de la violencia en el ejercicio de nuestra democracia?

Por supuesto, ninguna de estas preguntas, ni tampoco sus respuestas justifica bajo ninguna circunstancia los graves, injustificados e inaceptables atropellos a los derechos humanos ocurridos en el pasado en nuestro país. Pero sí creemos que las preguntas y las respuestas nos pueden significar importantes luces, valiosas enseñanzas para asegurar que nunca más, en nuestro país, hechos —como los que hemos mencionado— vuelvan a ocurrir, y de esa forma, facilitar y fortalecer el camino de nuestra Patria hacia un Chile desarrollado en forma integral, inclusiva y sustentable.”

Algunas horas después, a las 17:23 del lunes 13 de agosto, se aceptaba formalmente mi renuncia en una ceremonia celebrada en el Salón Amarillo del Palacio de la Moneda. De esa manera dejaba de ser un colaborador del gobierno del Presidente Sebastián Piñera. Se cerraba una etapa de mi vida que había comenzado unos cinco meses antes, el 11 de marzo, para pasar a otra, que se inició con la redacción de este libro acerca de mis 94 horas como ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Epílogo: La tormenta perfecta, el silencio y la reconciliación

La tormenta perfecta

El término "tormenta perfecta"[34] se usa para designar un hecho cuya extraordinaria magnitud y virulencia se debe a la inusual confluencia de una serie de factores que lo explican. Esto es lo que ocurrió en mi caso. A continuación analizaré algunos de los factores que más contribuyeron a mi sumaria y tumultuaria ejecución moral.

El primero de ellos es el haber sido, excepto para un grupo relativamente reducido de conocedores de mis escritos y trayectoria de vida, un perfecto desconocido por el hecho de haber vivido más de 40 años en Suecia y en España.[35] De mí se podía decir, y se dijo, cualquier cosa, mentir a voluntad y fabular las más diversas historias. Era, por así decirlo, una *tabula rasa*, un lienzo en blanco sobre el cual proyectar lo que se quisiera. De esto ya hemos visto variados ejemplos y la verdad es que la lista podría ser muchísimo más larga. Cada calumnia ponía lo suyo para caracterizar el malévolo personaje, de acuerdo a una antiquísima máxima que nos recordó Francis Bacon en 1625: "Calumniad con audacia, que siempre quedará algo".[36]

Este no es un hecho menor para entender la escenificación de la cacería y también explica el silencio atónito de muchos que no querían causarme ningún daño pero que ante tantos infundios no sabían a qué atenerse ni qué decir. Pocos tenían el conocimiento de mi persona y mis obras que demostró Gonzalo Müller en el ya referido programa *Estado Nacional* al poner en evidencia la liviandad de las afirmaciones de Francisco Vidal.

El segundo factor de importancia es el dolor, la rabia y la indignación que provocaron mis expresiones sobre el Museo al ser interpretadas como un cuestionamiento, negación o justificación de las violaciones de derechos humanos ocurridas en Chile entre 1973 y 1990. Este es, por cierto, un ingrediente mayor en lo ocurrido que le dio a la campaña en contra mía gran parte de su fuerza y masividad. Esto fue hábilmente respaldado y fomentado, como ya hemos visto, por organizaciones y figuras públicas de

alto relieve que desplegaron la acusación de negacionismo faltando al deber de cerciorarse de manera razonable sobre la veracidad de una acusación tan grave.[37] Esto no es por cierto menor, ya que la persecución nunca hubiese alcanzado la virulencia y la amplitud que alcanzó sin estas voces que desde sus encumbradas posiciones avalaban el infundio y propulsaban la cacería.

Un tercer factor, más pedestre pero no menos importante, es el oportunismo político. Se trata, en este caso, de una oposición al gobierno actual que, en general, se encuentra en una situación muy desmejorada y sin ideas propias que levantar, por lo cual vive al acecho de cualquier dato, traspié o circunstancia que le permita alcanzar presencia pública y atacar al gobierno. En este sentido, muchos de los ataques en mi contra iban en realidad dirigidos contra el gobierno y poco importaba la verdad acerca de quién yo fuese o hubiese dicho: mientras más se pudiese enlodar al personaje mejor para golpear al gobierno.

Solo esa lógica puede explicar la extraordinaria liviandad, como he demostrado, de muchos personeros políticos de oposición de alto rango y con cargos públicos de primera línea. En este caso, como se acostumbra a decir, no era nada personal, yo solo era una especie de muñeco ritual al cual clavarle alfileres a gusto para que le doliesen al gobierno, un monigote que había que quemar públicamente para golpear y amedrentar al gobierno. Y así se me trató, no como a una persona que merece al menos un cierto respeto y un juicio justo, sino como un medio útil para atacar al gobierno.

A estos factores debemos agregar la lógica de los medios y las redes sociales, que en este caso jugaron un papel muy importante. Los medios serios hicieron lo que tenían que hacer y, excepto algunos descuidos y faltas de prolijidad, no tengo reproches que hacerles. Simplemente siguieron y describieron la dramaturgia de la cacería, lo que constituye un hecho mediático de irrefrenable atractivo e interés público, en especial si se trata de un ministro.

Otra cosa muy distinta es la de una serie de medios digitales, de los que he citado numerosos ejemplos, que en interacción con activistas de las redes sociales se rigen, lisa y llanamente, por la lógica de la calumnia más desvergonzada, la hoguera inquisitorial y la ejecución moral sumaria. Son artistas de las *fake news* y causan un daño considerable no solo a sus

víctimas sino, sobre todo, al ambiente de civilidad y de debido respeto a la integridad de las personas que es fundamental para la existencia de una democracia sana. Lamentablemente, a esta presurosa y atolondrada cita con la difamación fácil no faltaron parlamentarios, dirigentes políticos ni figuras del mundo de la cultura. Dispararon rápido y sin preguntar, faltando a un deber mínimo de seriedad y apego a la verdad que es especialmente importante cuando está en juego la honra de una persona. Pusieron lo suyo para que la hoguera ardiese con vigor y espero que hoy sean capaces de recapacitar sobre el sentido profundo —profundamente incívico, lamentablemente desalmado— de lo que hicieron.

Falta todavía el factor más profundo, aquel que motiva los odios más obcecados y los deseos de venganza más insaciables: el que yo sea un converso que no calla, el que me haya alejado de la fe marxista denunciando, con claridad, fuerza y convicción, el mal atroz que le ha infringido a tantos seres humanos, poniendo en evidencia la barbarie de los regímenes totalitarios construidos en su nombre. Sobre eso, nunca habrá perdón ni olvido, y por su importancia es menester que me detenga un poco más en ello.

“Vendido, canalla, traidor. En definitiva, un converso.”[38]

Aquí el plural se hace obligatorio, porque de este ataque somos dos el blanco: mi amigo converso y canciller, Roberto Ampuero, y yo. Ello quedó palmariamente de manifiesto apenas se conoció mi renuncia, mostrando con pedagógica claridad que lo importante no eran unos determinados dichos sobre el Museo de la Memoria, sino la condición misma de converso. De inmediato, el Partido Comunista y los sectores afines a éste direccionaron su artillería hacia Roberto. El presidente del partido, Guillermo Teillier, lo puso en claro en una entrevista dada a *Tele 13 Radio* en la que dijo: “Si se actuó de una manera con Rojas, ¿por qué no con Ampuero?”. Para luego aseverar que si el gobierno “mantiene a personas con actitud negacionista, mal podríamos pensar que el gobierno va a avanzar en los temas de DD.HH". A su vez, el secretario general del partido, Lautaro Carmona —el mismo que me calificó de “ser despreciable”—, lo hizo aún más explícito de la manera destemplada que lo caracteriza en un posteo enviado por la mañana del martes 14 de agosto: “La Ministra Pérez solo puede decir Basta en su espacio, es su Gobierno el que reclutó conversos que reivindican el terrorismo de estado. Aunque no le guste Ampuero debe renunciar, es una vergüenza para Chile”. Y el diputado comunista Daniel Núñez lo complementa con el siguiente posteo enviado a las 10:56 del 14 de agosto: “Ampuero al igual que el ex ministro de Culturas tiene ‘Mala Memoria’, es otro converso que se retracta de su pasado y niega violaciones a los DDHH bajo la dictadura de Pinochet. Lo mejor para Chile que dé un paso al costado. Necesitamos autoridades comprometidas con la justicia”.

Por su parte, la ex rectora de la Universidad de Aysén y candidata a diputada por el Partido Comunista el 2017, Roxana Pey, enviaba el siguiente posteo el lunes 13: “Le seguirá haciendo caso @sebastianpinera al tóxico ‘orejeo’ del canciller @robertoampuero? Es responsable del papelón del gobierno y además, declaraciones del par Ampuero-Rojas son conjuntas y reiteradas”. En las redes sociales abundaban intervenciones como esta: “Está pasando colado el infame de ROBERTO AMPUERO, junto a ROJAS

este lacayo del guiña participó en el libro y entrevista. QUE SE VAYA AHORA!”. Unos días más tarde aparecía el diputado Hugo Gutiérrez, infaltable en las lides de la infamia, con este posteo: “¡A mayor abundamiento fue Piñera el que contrató a dos renegados que sólo generan odiosidad y falta de entendimiento en Chile!”. Y así podríamos seguir *ad nauseam*.

Ahora, la pregunta que se impone es por qué los conversos son tan odiados por la izquierda recalcitrante —la misma que celebra y justifica dictaduras—, en especial aquellos que han dejado tras de sí una fe militante como la que ha guiado a los movimientos y a las sangrientas revoluciones comunistas. La razón es simple: porque ponen en evidencia desde adentro, desde la experiencia de quien fue creyente en la utopía comunista, las razones por las que las deslumbrantes promesas de construir un paraíso terrenal se transforman en infiernos totalitarios.

De eso se trata, ese es el tema central de *Diálogo de Conversos*, ese es nuestro delito imprescriptible por el cual no pedimos perdón ni nos acogemos a un silencio que nos hubiese permitido seguir viviendo —en Suecia uno, en Estados Unidos el otro— sin tener que enfrentar la ira de los que aún son devotos o le hacen el juego a esa peligrosa religión atea que es el marxismo y a sus secuelas, como la dictadura cubana o el así llamado “socialismo del siglo XXI”.

Si analizamos un poco más de cerca la argumentación usada sobre este tema veremos que siempre se trata de un intento de destrucción o asesinato moral, que es, como vimos, una pieza central de las cacerías de este tipo. Aquí destacan dos líneas de argumentación.

La primera se basa en negar, lisa y llanamente, la calidad de converso, es decir, sostener en mi caso que yo nunca habría sido mirista. Esto ya lo hemos ilustrado citando, entre otros, a Andrés Pascal y a Francisco Vidal. La fuerza de este argumento es notable, ya que de manera simultánea le niega todo valor a una conversión que supuestamente nunca existió y define al “falso converso” como un impostor.[39] Esta es una infamia con una larguísima historia dentro del campo comunista. En las infames persecuciones de la era estaliniana y sus tristemente célebres procesos-espectáculo, siempre se intentaba demostrar que el comunista que pronto

iba a ser ejecutado nunca había sido un verdadero comunista y para probarlo se construían las historias de vida más inverosímiles sobre viejos luchadores comunistas. El caso de León Trotski es el más paradigmático, pero de ninguna manera único.[40] El gran problema de esta argumentación es su falsedad, tan evidente y fácil de demostrar en mi caso.

La segunda línea de argumentación es igualmente o incluso más artera que la anterior y se basa en cuestionar el fundamento moral de la conversión, atribuyéndole al converso todo tipo de motivos oprobiosos, entre los cuales el más común es haberse pasado "al enemigo" o "a los ricos" en un despreciable acto de arribismo y "plutofilia" (como dirá Agustín Squella, quien es el último que yo hubiese esperado que se sumase de una manera tan ramplona a la cacería). Se trata, por ello, de una conversión espuria, cuya finalidad real no es sino venderse al mejor postor en el mercado de la ignominia. Daré aquí solo dos ejemplos de este intento de asesinato moral.

El primero es un texto de Fernando Balcells, director de la Fundación Chile Ciudadano, aparecido el 14 de agosto en *eldesconcierto.cl* y reza así:

> "*Mauricio Rojas y Roberto Ampuero se llaman a sí mismos 'conversos'. La conversión es un quebranto político y cultural de una envergadura que el discurso de Rojas parece ignorar. Su relato no alcanza a tocar el dolor y la complejidad de una experiencia verdadera de agonía y resurrección. Una experiencia de conversión son palabras mayores y en este caso las epifanías fingidas son detectables.*
>
> *Existe una dignidad en los conversos. Los que han estado sometidos a la obligación de transformar su alma tienen derecho a todas las máscaras. La obligación no obliga a nadie. Ni los colaboradores de los nazis, ni los marranos españoles, ni la policía interna de los campos de concentración tienen la bajeza de los 'conversos' chilenos. Nada los obligó ni los impulso más que su ego, la liviandad de su cultura y el olfato de las oportunidades políticas. Da la impresión de que M. Rojas y su compañero de aventuras editoriales y ministeriales el señor Ampuero, han desarrollado estrategias exitosas*

de vida pero no han entendido la manera en que funcionan los mecanismos del desprecio que van junto a la cooptación del poder.”[41]

Notable texto que intenta mostrarnos como dos seres despreciables, movidos por “su ego, la liviandad de su cultura y el olfato de las oportunidades políticas”, peores que “los colaboradores de los nazis…”. Para Balcells, el canciller y yo habríamos roto con el totalitarismo en la década de 1970 para llegar a ser ministros en el siglo XXI. Para nuestro crítico, parece no existir la posibilidad de que alguien llegue de manare voluntaria y por honestidad intelectual a la conclusión de que el totalitarismo y las ideologías que lo propulsan —sean estas de color rojo, pardo o negro— son terribles enemigos de la libertad y la dignidad del ser humano, y que, por deber y convicción moral, lo proclamen a los cuatro vientos.

El otro ejemplo es una *Carta al Director* del Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile Agustín Squella publicada en *La Tercera* el 20 de agosto y que en la parte pertinente dice:

“*Y sobre los conversos, siempre me he preguntado cuánto de la conversión de antiguos izquierdistas ultras a la hoy dominante derecha podría provenir del arribismo. Sí, del arribismo político, desde luego, pero también social, ese vicio que consiste en seducirse de pronto con el mundo de los ricos, con subirse al yate o al helicóptero de los poderosos, y hacer méritos para ser aceptados en su círculo.*

Si existe la aporofobia —el rechazo al pobre, como si la pobreza fuera un defecto—, también existe la plutofilia —el amor por los ricos, como si la riqueza fuera sinónimo de virtud.”[42]

Se trata de lo que prefiero interpretar como un traspié de un hombre que me parecía respetable. Pero en fin, poco sorprende en este terreno cuando se han abierto de par en par las puertas de la denostación y el linchamiento.

El silencio no es una opción

En *Diálogo de Conversos*, Roberto Ampuero hace algunas reflexiones premonitorias que quisiera reproducir aquí:

> "*Pero después, ya en el socialismo real, fui perdiendo la fe en que aquellos sistemas que encerraban a su población, uno detrás de un muro, el otro en una isla, fuesen democráticos y deseables para Chile. Algunos optaron por vivir esa duda lacerante en silencio y callar para siempre; otros, los menos, optaron por romper y revelar públicamente por qué rompieron. Pero no es fácil. Hay que reunir coraje. Se paga un alto precio por romper con el dogma y, sobre todo, por explicar públicamente por qué se rompió con el dogma.*
>
> *Por eso muchos callan y miran para otro lado. El Partido Comunista perdona a quien rompe con él y se va callado para la casa, pero no a quien explica por qué rompió con el totalitarismo. Esto lo puedes observar con mucha claridad en el Chile de hoy. Hay políticos que fueron comunistas y que rompieron con el partido porque simplemente rechazan el totalitarismo, pero guardan silencio. No están dispuestos a asumir los costos que significa hablar al respecto. El que calla es una cantidad negociable para el partido, el otro un enemigo. Y gente de izquierda —entre ellos escritores— se me acercó en su momento sugiriéndome con las mejores intenciones del mundo lo siguiente: no critiques a los comunistas pues ellos controlan la escena cultural en Chile; influyen en la crítica, los nexos y los premios a través de los filocomunistas. Te costará caro. Pero para mí lo importante era la verdad, y no iba a callar en mi patria ya en democracia, cuando me atreví a romper con los comunistas viviendo en una isla regida por el Partido Comunista*."

¡Qué duda puede hoy caber que mi amigo converso tenía toda la razón! Pero el silencio, si bien es una opción entendible y en algunos casos justificada, no me parece la más respetable cuando se vive en una democracia. Porque si callamos frente a la barbarie, y el totalitarismo es la forma superior de la barbarie, cómo podríamos defendernos de su avance y proteger la libertad y la democracia. Y nosotros, que lo conocemos por

dentro, que entendemos a cabalidad sus complejos mecanismos, sus seductoras fachadas y sus siniestros métodos, cómo podríamos callar. Claro, tiene un precio y no podría ser de otra manera cuando uno tiene el atrevimiento de llamar a las cosas por su nombre y decirles en su cara a quienes promueven ideas liberticidas y defienden regímenes totalitarios, o a quienes los toleran, amparan o aplauden, que están atentando contra los fundamentos mismos de una sociedad libre, abierta y democrática.

La reconciliación

Al final de este largo recorrido por los laberintos de la infamia debemos volver al comienzo, a lo que más importa, a lo que realmente está en juego: poder aprender de nuestra gran tragedia nacional, tanto del horror que se vivió bajo la dictadura como de la destrucción de la convivencia cívica y la democracia que lo precedió, para que nunca más se repita.

Han pasado 45 años desde el golpe militar que llevó al general Augusto Pinochet al poder y cabe preguntarse si Chile se ha reconciliado consigo mismo. Mi respuesta, hoy avalada por mi experiencia reciente, es que la verdadera reconciliación aún tiene un buen trecho por recorrer antes de llegar a ser una realidad.

Reconciliar es algo más que convivir, tolerar o aceptar, y algo muy distinto de olvidar, condenar, hacer justicia, reparar o perdonar. Todo ello se puede hacer sin reconciliarse. Reconciliar es recuperar la confianza en el otro, o en una parte de nosotros mismos, si se trata de una comunidad o una nación. Pero la confianza no puede restablecerse si no entendemos lo que nos llevó a la desunión y si no realizamos un esfuerzo honesto por sincerar lo que cada uno puso de sí para que ello ocurriese. Solo así, entendiendo y reconociendo, habremos aprendido del pasado.

En este sentido, reconocer los crímenes y las violaciones de derechos humanos cometidos bajo la dictadura, así como hacer justicia y reparar a las víctimas, es el paso previo y necesario de la reconciliación, pero no debe ser confundido con ella. Eso es lo que hasta ahora se ha hecho y ahí estamos, en la antesala de un esfuerzo por alcanzar una verdadera reconciliación.

Sin embargo, no es seguro que emprendamos ese esfuerzo, ya que nos involucra a todos los que de una u otra manera aportamos algo a esa lamentable marcha de Chile hacia la destrucción de su democracia.

Probablemente no sean muchos los que estén dispuestos a reconocer y asumir, con franqueza, valentía y generosidad, su parte en el proceso que culminó en septiembre de 1973. Pero no hacerlo implica que nunca podremos aprender de la lección más dura de nuestra historia y alcanzar aquello que es el sentido final de la reconciliación: entender, enmendar y, por ello, poder de veras decir "Nunca más".

A mi juicio, es hora de sincerarnos sobre el cómo pudo ocurrir. No para hacer más leves las responsabilidades de la dictadura militar, sino para entender cómo se llegó a legitimar el uso de la violencia y cómo se le abrieron las puertas a aquellos que luego no trepidarían en usarla sistemáticamente para alcanzar sus propósitos.[43] Pero hay algo más. Nuestra experiencia puede servir para que nuevas generaciones de chilenos deseosos de luchar por una sociedad mejor no se dejen conducir por un camino que nuevamente pueda llevar a un Chile en guerra consigo mismo, ya que entonces todos volveríamos a perder.

Sobre todo esto deberíamos ser capaces de iniciar una reflexión sincera, ya que para reconciliarse Chile necesita de una memoria histórica sin silencios, que no se adecue a las conveniencias de unos u otros ni se quede a medio camino. Una memoria trunca distorsiona la verdad y no nos ayuda a avanzar hacia aquello que le debemos a Chile: un relato verídico de cómo llegamos a separarnos y odiarnos a tal punto que un día nos arrogamos el terrible derecho a destruirnos los unos a los otros.

Sin embargo, para que ello sea posible es imprescindible denunciar y desterrar el uso de la calumnia, el linchamiento y el asesinato moral de nuestra vida ciudadana. Lo que experimenté en carne propia no es compatible con una convivencia civilizada y espero que este relato sirva para ponernos en guardia contra actitudes que, de tolerarse, terminarán emponzoñando nuestra vida social y minando los fundamentos de nuestra democracia. Pasó ya en los años 60 y 70 del siglo pasado y es de esperar que jamás se repita.

Apéndice

I. Extracto de Diálogo de Conversos sobre el Museo de la Memoria

Tomado de las páginas 79 a 81 de la sexta edición chilena de *Diálogo de Conversos* (Sudamericana, Santiago 2016)

Roberto Ampuero: Permíteme manifestar en este contexto algo que ya he manifestado con anterioridad: mi crítica al Museo de la Memoria, que se financia con recursos de todos los chilenos. No lo critico por los horrores de la represión que exhibe, y que debe exhibir para que no se olviden, sino por lo que no cuenta, por lo que calla. No lo critico por la justa denuncia que hace de la historia de Chile, sino por el injusto silencio que guarda ante ella.

La debilidad ética y pedagógica del Museo de la Memoria es que cuenta una historia trágica que comienza abruptamente, sin hacer referencia al Chile que destruimos entre todos a comienzos de los años setenta, a ese Chile que hemos recordado bajo este parrón epicureano desde la perspectiva de la izquierda militante. Nada justifica la violación de derechos humanos bajo la dictadura, pero el Museo de la Memoria no explica bajo qué circunstancias estalló el horror que condenamos. Esa omisión, que obedece a un estilo de hacer política que se basa en guardar silencio para eludir la autocrítica y juicios sobre asuntos esenciales, es una gran deuda que el museo tiene consigo mismo y con los jóvenes chilenos que lo visitan y buscan, no realimentar odios y divisiones del pasado, sino algo que se aproxime a la verdad y les permita entender ese Chile que hasta el día de hoy nos sigue dividiendo de mala manera.

Mauricio Rojas: La verdad es que más que de un museo —que como tal debe buscar hacer comprensibles las cosas y en el cual siempre debe imperar un sentido responsable y serio de la historia— se trata de un montaje cuyo propósito, que sin duda logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle razonar. Es una manipulación de la historia usada por quienes manejan el presente a fin de controlar el futuro, tal como Orwell decía. Es un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente.

RA: En el diseño de ese museo hay un mal narrador, un narrador partidista e interesado. En ese sentido no es un museo nacional, es un museo de la mala memoria. Llevé a mis hijos, siendo adolescentes, a ver el museo porque quise que conocieran esa parte de la historia de Chile. Y al final, luego del hondo impacto que les causó presenciar los testimonios de la represión y de condenarla, hubo una pregunta de ambos: "¿Por qué llegaron los chilenos a odiarse tanto?". Y eso no lo explica el museo. Aclaro: no hablo de justificación, sino de explicación.

El 11 de septiembre de 1973, Chile no era un cantón suizo donde de pronto caen las bombas sobre La Moneda porque unos militares se vuelven locos en Peñalolén. Porque cuando yo escribí mi crítica sobre el museo, algunos me atacaron de inmediato afirmando que yo quería justificar la represión, el asesinato y la desaparición de personas. ¡Por favor! ¡Pongámonos serios! Esto es como cuando a uno lo tildan de batistiano —de Batista, apellido del dictador cubano anterior a los actuales— por exigir hoy elecciones libres en Cuba. El museo, que se financia con los recursos de todos nosotros, debe servir a la educación cívica de todos los chilenos, y eso exige contar la historia completa, donde unos fueron responsables por azuzar el odio y la división, y otros por reprimir, torturar y asesinar. Mientras no lo haga, para mí seguirá siendo el museo de la mala memoria.

MR: No me extraña que te haya llegado ese tipo de críticas. Es una respuesta automática, un reflejo defensivo, de quienes saben que si se conociese de verdad, la historia no los absolvería.

RA: "Papá, ¿y cómo era Chile antes del 11 de septiembre de 1973?", es la pregunta que me hace mi hijo porque el museo no habla de eso. Y vuelvo a lo de la responsabilidad nuestra en el proceso de polarización y división de Chile bajo el gobierno de Allende: el museo no habla de esa etapa previa porque prefiere "pasar", dejar en el agujero negro, en la bruma del olvido, la responsabilidad de quienes —como tú y yo, y como muchos otros, y de algunos con gran responsabilidad política entonces— vivimos y nutrimos la crispación, la división, la polarización, el hostigamiento de las bases de nuestra república.

II. Extractos de Diálogo de Conversos sobre mi militancia en el MIR en Chile

Tomado del capítulo *I. En el origen estaba la palabra y la palabra era revolución* de la sexta edición chilena de *Diálogo de Conversos* (Sudamericana, Santiago 2016)

RA: Cuéntame de tu ingreso al MIR.

MR: Eso ocurrió al entrar a estudiar derecho el año 1967. Tenía apenas dieciséis años y era, junto a un compañero de apellido Salinas —el "chico Salinas" le decíamos—, que también había nacido el 28 de junio de 1950, el más joven de los más de doscientos muchachos que ese año ingresaron a la escuela de Pío Nono.[44] Ahí ya había un pequeño grupo de miristas, cuyos dirigentes estaban muy influenciados por el pensamiento de Trotski. Entre ellos recuerdo especialmente a Óscar Vallespir, gran lector de Trotski y buen ajedrecista, del que se podría haber dicho lo que Mario Vargas Llosa dice del Consejero en *La guerra del fin del mundo*: "El hombre era alto y tan flaco que parecía siempre de perfil". Y junto a Vallespir estaba siempre Boris Sverdlov —¡qué nombre tan apropiado!—, otro admirador de Trotski, fuera de ser una especie de escudero del quijotesco Vallespir. También estaba, aunque no se metía mucho en el quehacer de la célula, el ya destacado dirigente mirista a nivel de la FECH, Álvaro Rodas.

Yo estaba todavía muy verde cuando a mediados de ese año me acerqué a los miristas y no tenía idea de los conflictos internos que sacudían a la organización entre la mayoría de su núcleo fundador, gente un poco mayor y de origen obrero, como el célebre Clotario Blest, y además con una fuerte influencia trotskista, y los jóvenes, especialmente los de Concepción, que representaban la orientación más guerrillerista o "foquista", como se le llamaba, de inspiración cubana. La idea de estos jóvenes, de origen marcadamente burgués, era que la creación inmediata de pequeños focos guerrilleros haría madurar las condiciones para la insurrección armada general que destruiría al régimen capitalista.

Esta línea, que también incorporaba elementos del pensamiento maoísta sobre la "guerra irregular y prolongada", estaba representada sobre todo por

Miguel Enríquez, quien, junto a su hermano mayor, Marco Antonio, y a Bautista van Schouwen, redactó la *Tesis insurreccional* aprobada en el congreso fundacional del MIR en agosto de 1965. Por su parte, los trotskistas sostenían una línea más evolutiva, donde la insurrección armada sería la culminación de un largo proceso de concientización entre las masas y no el producto de un acto "voluntarista" de un grupito que se iba a las montañas. En todo caso, ya hacia fines de 1967 el conflicto entre estas falanges entró en un momento álgido en el que Miguel y sus jóvenes amigos asumen, durante el tercer congreso del partido, celebrado en diciembre de ese año en la Casa de la Cultura de San Miguel, la conducción plena del MIR y se inicia un proceso de marginación de parte de las otras corrientes revolucionarias.

RA: O sea, entraste a un MIR muy convulso. ¿Qué significó esto para ti y tus compañeros de la Escuela de Derecho?

MR: Muchísimo. La verdad es que yo y otros cabros como yo, no teníamos idea de toda esta trama hasta que un día, seguramente en marzo o abril de 1968, llega a una reunión de nuestra célula nada menos que el hermano menor de Miguel Enríquez, Edgardo, apodado "el Pollo", y simplemente procede a marginar a los dos trotskistas que dirigían nuestra célula y que ya mencioné con anterioridad: Óscar Vallespir y su escudero Boris Sverdlov. Ni recuerdo los motivos que "el Pollo" dio para ello ni teníamos pito que tocar en todo esto, pero la consecuencia es que la célula quedó en nuestras manos y nos transformamos en "los miristas" de la Escuela de Derecho, que hablábamos a nombre del partido en las asambleas y cada día poníamos nuevos afiches en el hall de la Escuela, hechos a mano y habitualmente con frases del Che o consignas del mayo francés como "seamos realistas, pidamos lo imposible" y otras parecidas.

Era una mezcla extraordinaria de cosas: miristas que entonaban la música del *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, de los Beatles, usaban pantalones pata de elefante, leían con avidez a Marcuse, Freud y Lenin, soñaban con la lucha antiimperialista de los vietnamitas, llevaban boina negra con estrella roja, a lo Che, tomaban tecito con sus abuelos, veraneaban en lindas casas de playa, predicaban el amor libre y enamoraban

con éxito a chicas de lo más “burguesas” o, por lo menos, “pequeñoburguesas”, siempre que fueran lindas eso sí .

RA: Bonita mezcla, muy típica. Todo parecía un juego pero terminaría de una manera bien trágica.

MR: Así es. Mi chapa o nombre de guerra era Erik, tomado del célebre vikingo noruego que descubrió Groenlandia y que era conocido como Erik el Rojo (*Erik Röde* como luego aprendería a decirlo en sueco). Yo no sabía mucho de él, pero seguro que eso de “el rojo” me atrajo. Esto de asumir un nombre de guerra era algo que tenía un simbolismo extraordinario: pasabas a ser otra persona, un revolucionario profesional, un “bolche”, que era lo máximo a lo que se podía aspirar.

El nombre de guerra de Miguel era Viriato, figura arquetípica del “buen salvaje” y gran luchador lusitano contra las huestes romanas en el siglo II antes de nuestra era. Todo era muy romántico. En ese tiempo, nuestros afiches llevaban escrito “MIR, Poder Estudiantil”, hasta que un buen día nos llegó la orden de eliminar semejante estupidez ya que el MIR era un partido proletario y punto. Así pasamos a cosas como “MIR, Poder Obrero y Campesino” y “Pueblo, conciencia, fusil, MIR, MIR”. Sí, también fusil.

RA: Disculpa, pero todo eso huele a epopeya, a épica, a buena literatura de Jorge Semprún o Arthur Koestler, y a cine francés. ¿Cómo era eso de las armas? ¿Era ya en serio en esa época? Recuerda que yo integraba la Jota, calificada de reformista.

MR: Bien en serio, pero no muy profesional, por así decirlo. Recuerdo mi primer “entrenamiento militar” —bueno, exagerando un poco— a comienzos de 1968, en una hermosa casa veraniega en Las Cruces. Llegamos en tren a Cartagena y de allí nos fuimos trotando por la Playa Grande hasta Las Cruces. Unos siete kilómetros, nada fácil para chicos santiaguinos bien poco en forma. En Las Cruces nos esperaban nuestros jefes militares, entre ellos uno de los compañeros más cercanos de Miguel Enríquez, Humberto “Tito” Sotomayor que estaba con Miguel el día de su muerte. Tenían un pequeño arsenal de las armas más disparatadas que puedas imaginarte y cada uno de nosotros llevaba algo con que aportar a esta especie de malón mirista.

Por mi parte, llevaba la hermosa escopeta de mi abuelo, al que, como buen español, le encantaba cazar, y unos cuantos cartuchos. Y allí estuvimos, armando y desarmando pistolas, fusiles y escopetas, y aprendiendo técnicas de disparo y de lucha guerrillera, pero todo en teoría, ya que no podíamos empezar a disparar en Las Cruces en plena noche de verano. No sabes la emoción de todo eso, aunque fue frustrante no poder usar “los fierros”, como le decíamos a las armas.

RA: Eso viene de los “hierros” de los revolucionarios cubanos.

MR: Me acuerdo de que para no irme tan frustrado de vuelta, pasé a ver a unos amigos que veraneaban en Playas Blancas, a medio camino entre Las Cruces y Cartagena, y allí, con toda la imprudencia de los diecisiete años, disparamos de lo lindo y, además, escuchamos fascinados el vinilo de *Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band*, que por entonces todavía era una novedad. Mis amigos no tenían idea de dónde yo venía, aunque de seguro hice todo lo posible para que lo intuyeran ya que me llenaba de orgullo y emoción estar metido “en serio” en esto de la revolución, fuera de hacerme mucho más interesante entre las lolas.

RA: Así que de esa manera empezaron tus años verde olivo…

MR: Sí, y al poco tiempo estaba ya convertido en “instructor de montaña” con entrenamiento en el Cajón del Maipo. Imagínate, pensábamos crear un foco guerrillero allí, cerca de Santiago. Luego, a comienzos del 69, había pasado a ser “encargado nacional” de producción de mochilas estilo vietnamita. Fabricamos unas doscientas en un taller que teníamos en la comuna de San Miguel y la mía la usé mucho, porque era harto buena. También me compré unas botas “estilo Comité Central”, que eran unos bototos magníficos que se vendían en una tienda del centro de Santiago y que eran los que se recomendaban para guerrilleros de verdad. Era un sueño y uno andaba como elevado en su rol de mesías revolucionario, mirando al resto de los mortales, pequeños e insignificantes, desde las cumbres olímpicas del que está dispuesto a morir y a matar por un ideal grandioso.

RA: Esa es, precisamente, la disposición de ánimo que convierte al fanático en asesino. Y todo esto en un marco de irresponsabilidad total y de

desprecio total por la democracia chilena de entonces. Un drama se iba incubando…

(…)

RA: ¿Y cómo siguió tu historia de mirista?

MR: El 68 fue un año lleno de acción: tomas de locales universitarios y secundarios, y peleas callejeras constantes —pasábamos cerrando el puente Pío Nono y teníamos cerquita nuestro campo de batalla favorito: la embajada de Estados Unidos—, pero también el partido empezó a hacer serios esfuerzos por abrir "frentes de masas" y acercarse a los sectores populares, tratando de hacer cierta su nueva consigna de "MIR, Poder Obrero y Campesino". Así comenzó una nueva experiencia para mí que fue realmente importante en un sentido que iba mucho más allá de la política.

A comienzos de 1969 recibí la orden de empezar a hacer trabajo político en la población José María Caro. Así, partí a juntarme con un compañero —que luego terminaría preso en Pisagua y, finalmente, viviendo en Estocolmo— en el paradero final del recorrido de las micros que iban para allá. Recuerdo bien ese encuentro y también a la compañera pobladora que era nuestro contacto y base de acción. Ella nos invitó a tomar "tecito con pan pelao", y para mí fue como ir a misa y recibir la hostia.

Salíamos a repartir panfletos y hablarles a los pobladores de este nuevo partido de banderas rojinegras que les iba a dar lo que ni socialistas ni comunistas les habían dado: la revolución obrera y campesina . Imagínate, un cabro «pequeñoburgués» de dieciocho años con melena a lo Beatles y camisa floreada, que le llevaba el evangelio revolucionario al pueblo. No creo que nuestras acciones de propaganda hayan tenido mucho impacto, pero para mí fue una experiencia conmovedora: la pobreza y la lucha de verdad, especialmente la de esas mujeres heroicas, habitualmente con hijos y abandonadas por sus maridos o teniendo que soportarlos con sus borracheras, iras y amantes. Más ganas daban de hacer la revolución frente a una realidad que parecía estarla pidiendo a gritos.

RA: Me imagino el terremoto personal que todo esto habrá significado para ti.

MR: Muy grande, y así me iba fortaleciendo en mi nuevo yo, como profesional de la revolución proletaria. Seguía aprobando ramos en derecho,

pero apenas le dedicaba tiempo a eso. En ese año, 1969, todo va a dar un salto cualitativo. La situación general se estaba caldeando rápidamente en Chile, con frecuentes ocupaciones de escuelas, terrenos urbanos y fundos. En marzo, recuerdo, mueren ocho pobladores en Pampa Irigoin en Puerto Montt en un enfrentamiento con carabineros que además deja cuarenta y siete heridos, de los cuales veinte eran carabineros.

Para nosotros era la democracia cristiana y la "democracia burguesa" chilena que mostraban su verdadero rostro, dictatorial y represivo. El MIR y otros grupos similares se van radicalizando y comienzan las así llamadas "acciones directas" y de "propaganda armada". Sin embargo, el paso decisivo lo dan por su cuenta los miristas de Concepción, liderados por Luciano Cruz, a comienzos de junio, con el secuestro, interrogatorio y vejación del director del diario *Las Últimas Noticias de la Tarde*, Hernán Osses Santa María.

El hecho conmovió a Chile y el gobierno de Eduardo Frei Montalva ilegalizó al MIR y dio orden de captura de trece miembros de su cúpula dirigente, incluido José Goñi, futuro embajador y ministro de Defensa de Michelle Bachelet. Así pasamos a la clandestinidad, y el partido respondió con una serie de acciones armadas, donde los asaltos a bancos o "expropiaciones" se harían famosos. Era la hora de "los fierros", pero no solo para el MIR. El Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez (MR2), desgajado del MIR, también pasa a la lucha armada con el asalto de la Armería Italiana, el 15 de junio de 1969, apoderándose de una treintena de armas y abundante munición. Un poco más tarde, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) y los "Elenos", miembros del Partido Socialista pertenecientes al Ejército de Liberación Nacional (ELN), se suman a los asaltos y también detonan artefactos explosivos. Chile pasaba de las armas de la crítica a la crítica de las armas.

RA: Es increíble que toda esa locura violentista se haya desencadenado en plena democracia. Esto es clave recordarlo, porque hoy se mistifica a estos supuestos "luchadores por la democracia" y hasta se los pinta como inocentes palomas.

MR: Esto llega a tanto que hace no mucho Marco Enríquez-Ominami, quien ha declarado que él "habría sido mirista cien veces", se permitió decir

que su padre jamás "hizo daño o promovió la violencia", sino que lo único que hizo fue "ponerse de pie frente a un tirano". Decir algo así no es solo una desvergüenza sino una falta absoluta de respeto para con lo que Miguel Enríquez pensó e hizo durante toda su vida de militante revolucionario.

RA: Veo en esto un manejo de la historia que no proyecta la vida política de Miguel Enríquez sino que se acota a la forma en que murió (…) Pero cuéntame cómo te afectó a ti este paso a la lucha clandestina y las acciones armadas.

MR: Pasamos a la clandestinidad sin tener la menor preparación para hacerlo. Es decir, cada uno se fue a esconder donde pudo. Así que partí donde unos tíos que vivían en Quilpué y que encontraba muy de vez en cuando. Quedaron de los más sorprendidos de ver a este sobrino en la puerta, al que de pronto le habían dado ganas tremendas de verlos. Allí estuve algunos días, hasta que nos dimos cuenta de que "la represión" era en realidad bastante suave y que los militantes que no pertenecían a los trece buscados oficialmente podían volver a lo de siempre.

Pero lo más importante es que el secuestro de Osses y nuestro atolondrado paso a la clandestinidad hicieron que estallara una grave crisis interna. Los militantes de corrientes menos militaristas plantearon una crítica abierta a la dirección cada vez más "autoritaria", "militarista" y "aventurera" de Miguel Enríquez y sus amigos, lo que provocará su marginación o abandono en masa del MIR. Al mismo tiempo, surge una crítica desde el lado opuesto por no prepararse como corresponde para la lucha armada clandestina. Y es en esta posición donde yo me ubico, o sea, con la gente más "cabeza de pistola", muy influenciado por la experiencia de los Tupamaros uruguayos que habían llevado el arte de la guerrilla urbana a niveles espectaculares.

A comienzos de agosto de 1969 mi célula se reúne con Miguel Enríquez en mi casa de la calle Catedral 2360, frente a la iglesia de Los Capuchinos, para manifestarle nuestras críticas. Miguel conocía bien esa casa ya que se la habíamos prestado hacía no mucho para que se reuniese con la dirigencia del MIR. Fue una larga reunión que duró hasta altas horas de la madrugada. Miguel dibujaba compulsivamente figuras geométricas en unas hojas de papel e hizo un gran esfuerzo por evitar que dejásemos el partido, pero fue

en vano. Se calcula que entre un 20 y un 30 por ciento de los militantes abandonó el MIR durante el invierno de 1969.

III. Extractos de Diálogo de Conversos sobre mi participación en el MIR en Suecia

Tomado del capítulo *II. Exilio y ruptura* de la sexta edición chilena de *Diálogo de Conversos* (Sudamericana, Santiago 2016)

RA: Me hablabas de tu intensión de reintegrarte al MIR, ¿cómo lo hiciste?

MR: La consigna "El MIR no se asila" no impidió que muchos miristas se asilasen o simplemente arrancasen del país. Y por ese motivo el partido los expulsó y les puso el terrible timbre de "desertor, traidor y cobarde". A pesar de ello, esta gente empezó a organizarse en el extranjero para apoyar al MIR y se les dio una estructura orgánica llamada Grupos de Apoyo al MIR, GAM. Uno de esos GAM se creó en Uppsala y con esa gente, que hacía actividades abiertas de apoyo a la "resistencia chilena", tomé contacto a fin de volver a acercarme al MIR.

RA: Cuéntame más de ese mundo de exiliados que cargaban con un terrible estigma y, me imagino, una tremenda necesidad de reparar su "crimen".

MR: Era un micromundo absolutamente patológico, habitado por gente muy joven que vivía perseguida y aplastada por su traición y un deseo muy vivo, pero lleno de contradicciones, de purgar su culpa . Vivían angustiosamente su condición de traidores, desertores y cobardes, y buscaban reparar su crimen mostrando voluntad no solo de apoyar al partido sino de, algún día, volver a luchar en sus filas en "el frente", o sea, en Chile.

Al mismo tiempo, los aterrorizaba aquella perspectiva, conscientes como todos estábamos de lo que eso significaba. Esta conciencia se fue acrecentando en la medida en que llegaban compañeros que habían resistido un tiempo más largo en la clandestinidad y podían testimoniar lo duro que eso era y el destino de tortura y muerte que esperaba a quien caía en manos de la temida DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) o del SIM (Servicio de Inteligencia Militar), el SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea) o el SIN (Servicio de Inteligencia Naval).

La atmosfera del GAM era de absoluta sumisión a todo lo que dijese u ordenase el partido —un traidor no tiene derecho a disentir y su principal deber, para algún día poder ser perdonado, es mostrar lealtad ciega—, pero también de control mutuo: debíamos vigilarnos y denunciar cualquier "debilidad" y el más mínimo indicio de que la intención del compañero de retornar a Chile no era cierta o se debilitaba. Éramos almas en pena en el purgatorio mirista. Recuerdo incluso procesos internos porque alguien se había comprado un estéreo, síntoma claro de aburguesamiento, o la feroz crítica a alguien que se enamoró de una sueca porque de esa manera se ataba al país que nos acogía, debilitando el único sentido tolerado de nuestras vidas: volver a combatir a Chile. Vivíamos en una burbuja llena de aire contaminado y en ese contexto yo al menos tenía la ventaja de, por no haber sido militante del MIR para el 11 de septiembre, no llevar el mote humillante de traidor, desertor y cobarde.

(…)

RA: ¿Y cómo seguía tu vida de mirista?

MR: Muy militante, pero relativamente tranquila hasta 1977, cuando el MIR decidió iniciar la Operación Retorno.

(…)

RA: Permíteme hacerte volver a la Operación Retorno que el MIR ya estaba iniciando en 1977.

MR: Sí. El primer retornado llegó a Chile, después de haber sido entrenado en Cuba, en septiembre de 1977.

RA: Es la época en que yo vivo en La Habana y acabo de renunciar a la Jota, que ahora se había embarcado en una aventura militarista para "liberar" a Chile con un ejército popular y revolucionario, que debía formarse en La Habana .

MR: Pues esa fue la respuesta a los terribles reveses experimentados por el partido en Chile, especialmente desde la muerte de Miguel Enríquez en octubre de 1974. El MIR estaba totalmente destruido en Chile y la dirección exterior elaboró la idea de enviar a gente para que, mediante alguna acción suicida, mantuviese "la presencia" del partido en el país.

Por supuesto que esto no se planteaba así, sino que se decía que Chile vivía una situación prerrevolucionaria, que las masas estaban a punto de

levantarse contra la dictadura, que solo faltaba la chispa que desencadenase el gran incendio revolucionario, etc., etc. Nada de ello era cierto, pero poco importaba para quienes solo soñábamos justamente con eso y con dar la vida por la causa. Así que a comienzos del 77, en pleno invierno nórdico, la dirección del MIR en Suecia llama a quienes estuviesen dispuestos a volver a una reunión en un departamento en un barrio de Estocolmo.

Éramos unos veinte miristas —muchos de ellos camaradas que aún no se recuperaban anímicamente de lo que habían sufrido en Chile— que nos dimos cita aquella noche que nunca olvidaré. Allí estábamos, en el salón del departamento, esperando que nos llamasen para entrevistarnos en una pieza contigua a fin de determinar nuestra idoneidad para el retorno. Nunca he pasado una noche similar: se podía palpar la angustia de tantos que hacían el sacrificio máximo de ofrecerse para volver al Chile de la DINA, sin en verdad quererlo ni estar en condiciones de hacerlo, pero sin alternativa, ni ante el partido ni ante su propia conciencia. Salían de la conversación con los rostros contrahechos y se reincorporaban al silencio sepulcral que poblaba aquella habitación llena de pavor, donde la mirada de todos trataba de saber si ese compañero sería uno de los elegidos.

RA: ¡Qué noche! En esa misma noche, pero miles de kilómetros hacia el oeste, muchos jóvenes revolucionarios chilenos dormían en institutos y escuelas militares de Cuba, donde se adiestraban para desembarcar un día en las costas del país y liberarlo de la dictadura. Los más ingenuos soñaban con un yate Granma del Pacífico Sur. ¿Y cómo te fue a ti esa noche?

MR: Desastrosamente bien, ya que me eligieron entre los tres que fueron seleccionados. Otro de ellos fue José Goñi y el tercero, un compañero que efectivamente volvió y murió en “el frente”. Seguramente por no haber pasado por grandes apremios antes de dejar Chile ni ser un “traidor, desertor y cobarde”, estaba en mejores condiciones anímicas para enfrentar el retorno. La verdad es que no lo sé a ciencia cierta, pero sí sé que salí de la entrevista con mi ego revolucionario a punto de reventar de orgullo y emoción. Finalmente era uno de los elegidos por la historia para ser héroe o mártir, y de eso se había tratado toda mi vida hasta allí. “Era la hora de los hornos y no se habría de ver más que la luz”, para usar de nuevo las palabras de José Martí.

Fue la noche más terrible y también la más hermosa de mi vida. Volví a Uppsala en un estado de ánimo exaltado para contarle a mi compañera que nos íbamos a Cuba, con nuestra hija que apenas tenía algunos meses.

RA: O sea que ibas camino a la isla, donde muchos compatriotas jóvenes, que habían soñado con convertirse en médicos o ingenieros, terminaban en la escuela militar Camilo Cienfuegos o el Instituto Técnico Militar; yo pasaba en esos años mil y una penurias, sin techo ni libreta de abastecimiento, y prisionero de una depresión causada por la pérdida de la fe comunista y la falta de una salida posible de ser alcanzada.

MR: Esa era la idea: a Cuba, donde mi mujer y mi hija se quedarían, y yo recibiría entrenamiento militar para luego seguir camino a Chile.

(…)

MR: Fue, sin duda, un viraje espectacular el que dio el Partido Comunista. Pero volviendo a mi relato te contaré que dejamos nuestro departamento y nos fuimos a esperar la llegada de las visas y los pasajes al cuarto de estudiante que nos facilitó un amigo chileno. Sin embargo, todo empezó a demorarse por razones que desconozco, y en ese momento apareció mi salvador, un porteño como tú. Era un camarada un poco mayor y miembro del Comité Central del MIR, que venía llegando directamente de la cárcel en Chile, donde había resistido con coraje la tortura. Su peso político y moral era por ello muy superior a quienes en ese momento dirigían el MIR en Suecia.

Este hombre debe de haber sido uno de los pocos que quedaban en el MIR de formación trotskista, y por lo tanto tenía una visión bastante distinta al guerrillerismo suicida que imperaba entonces. A su juicio, la política del partido de mandar a sus mejores cuadros jóvenes a una muerte segura era criminal. En Chile no había ninguna condición para que eso fructificase y todo lo que se nos decía de una situación prerrevolucionaria eran puros cuentos. La lucha iba a ser larga y había que cuidar nuestras reservas humanas para, algún día, ganar un apoyo popular masivo, pero no a punta de balazos sino de un trabajo de agitación paciente y persistente.

Cuento corto, este compañero nos llamó a una reunión en Estocolmo, donde planteó todo esto. Lo hizo con fuerza y, además, con cariño y preocupación por esas jóvenes vidas que tenía delante de él. Nos trató como

seres humanos de verdad y no como carne de cañón o meras piezas del ajedrez revolucionario. Fue el discurso más impactante que he escuchado en mi vida, y me la salvó.

RA: ¿Recuerdas cómo se llamaba?

MR: No, ni siquiera recuerdo con seguridad su chapa o nombre de guerra, aunque se me viene a la cabeza el nombre de Arnaldo o Arnoldo. Solo lo encontré una vez más, fugazmente, en el metro de Estocolmo, pero no conversamos ni pude expresarle mi agradecimiento, el que ojalá le llegue si lee este libro. Sus palabras tuvieron en nosotros un efecto liberador. Alguien con un peso moral y político innegable nos abría la rendija de la duda, del cuestionamiento, de las decisiones propias. Fue el autorizador moral, que es una figura clave para poder romper con el círculo humana y moralmente atenazador de la vida de secta. El partido mentía, manipulaba y buscaba un activismo suicida. De esa manera, autorizados moralmente y propulsados tanto por un instinto de supervivencia como, de seguro, por el pavor subterráneamente acumulado ante el destino terrible hacia el que íbamos, unos veinticinco miristas rompieron con el partido y decidieron seguir un camino propio.

RA: A veces aparece la persona proverbial, el ángel, dirían algunos, que te salva la vida. Para mí esa persona fue el poeta disidente cubano Heberto Padilla, de quien hablo en extenso en *Nuestros años verde olivo*, que me convenció de no convertirme en oficial en la FAR para ir a morir en alguna guerrilla. Si no lo hubiese conocido, tal vez no estaría contando la historia, porque uno, más allá de las dudas, buscaba una causa que abrazar con fanatismo y heroísmo. Esa manipulación es fácil en quien es muy joven. Pero volvamos a la tuyo: me imagino que entonces te saliste rápido de la secta.

MR: No del todo.

RA: ¿Cómo?

MR: Como reza el dicho: se necesita un clavo para sacar otro clavo. Así que decidimos agruparnos independientemente para seguir con nuestras vidas al servicio de la revolución. Pero la idea era ahora de largo plazo: formarse profundamente en el marxismo y regresar a luchar a Chile bajo condiciones que no fuesen suicidas. Para ello decidimos irnos a vivir cerca

los unos de los otros y crear un colectivo de formación marxista. Como todos vivíamos dispersos por distintas ciudades de Suecia, elegimos una ciudad donde ninguno vivía y que, por lo tanto, implicaba para todos el mismo esfuerzo de mudarse a un lugar nuevo.

---

[1] Publicado en *El País* el 2 de septiembre de 2018 con el título "En defensa de Mauricio Rojas".

[2] "Oposición y bloqueo de autoridades", *La Tercera* 16.8.2018.

[3] Posteo de su cuenta de twitter enviado a las 18:43 del sábado 11 de agosto.

[4] "Memoria sangrante", *El Mercurio* 19.8.2018.

[5] *La democracia asediada*, Res Publica, Santiago 2018, página 11.

[6] *La libertad y sus enemigos*, Uqbar, Santiago 2016, página 113.

[7] *La libertad y sus enemigos*, Uqbar, Santiago 2016, página 215.

[8] *Conversando con Sebastián Piñera*, Planeta, Santiago 2014.

[9] *La historia se escribe hacia adelante: Trece protagonistas de un gobierno*, Uqbar, Santiago 2016.

[10] El cambio se produjo, según me informó el periodista responsable de la columna, Andrés Gómez Bravo, alrededor de las 14:30 horas del sábado 11 de agosto.

[11] *Diálogo de Conversos*, sexta edición, Sudamericana, Santiago 2015, página 80. En el apéndice se reproduce íntegramente la parte del libro dedicada al Museo de la Memoria.

[12] La palabra montaje tiene diversos usos, entre ellos está el referido a la "acción y efecto de montar" por ejemplo una obra teatral o una exhibición, que es el sentido de mis palabras, pero también el de "aquello que solo aparentemente corresponde a la verdad" (Diccionario de la Real Academia).

[13] La expresión "terrorismo de estado" se encuentra en la página 76 del libro.

[14] Las palabras citadas provienen de los siguientes textos: "La reconciliación aún no ha comenzado" (*Libertad Digital* 29.5.2013); "Los revolucionarios y el 11 de septiembre" (publicado originalmente el año 2013 en *Libertad Digital* y *Pulso*; reproducido en *El Líbero* el 18.8.2018); y

"La destrucción de la democracia en Chile: Un ejercicio de memoria histórica sin lapsos" (*La Ilustración Liberal* número 55/2013).

[15] Existen muchos estudios sobre estos temas. Uno de los más recientes es *Character Assasinations throughout the Ages* (Palgrave Macmillan, Nueva York 2014). El libro contiene múltiples ejemplos de "asesinato moral" desde la Antigüedad hasta hoy. Los procesos de Moscú y las purgas estalinistas constituyen ejemplos probablemente sin parangón de este tipo de persecuciones. Al respecto puede consultarse la obra de Karl Schlögel *Terror y utopía: Moscú en 1937* (Acantilado, Madrid 2014) y el capítulo que le he dedicado al tema en *Lenin y el totalitarismo* (Debate, Santiago 2017).

[16] Álvaro Vargas Llosa, "El linchamiento de Mauricio Rojas", *La Tercera* del 19.8.2018.

[17] La popular *Wikipedia* dice al respecto: "La falacia del hombre de paja o del espantapájaros es una falacia que consiste en caricaturizar los argumentos o la posición del oponente, tergiversando, exagerando o cambiando el significado de sus palabras para facilitar un ataque lingüístico o dialéctico. El nombre viene de los hombres de paja que se usan para entrenar en el combate y que son fáciles de abatir. Del mismo modo, el argumentador no combate los argumentos contrarios, sino una imitación falsa y vulnerable de los mismos a fin de dar la ilusión de vencerlos con facilidad."

[18] "'Es algo para que la gente no piense, para atontarte': La entrevista en CNN donde el nuevo ministro de las Culturas hacía duros cuestionamientos al Museo de la Memoria", *La Tercera*, 11.8.2018 (versión digital).

[19] "Mauricio Rojas y polémica por sus dichos sobre Museo de la Memoria: 'Hoy eso está muy lejos de lo que yo tengo, debo y quiero decir'", *La Tercera* 11.8.2018 (versión digital).

[20] Corte Interamericana de Derechos Humanos, "Perozo y Otros Vs. Venezuela", *Resumen de fallos*. *Cuadernillos de jurisprudencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos*.

[21] A continuación, el posteo de Gutiérrez reproduce las duras declaraciones realizadas poco antes vía Facebook por su camarada, el poeta y Premio Nacional de Literatura Raúl Zurita. En su parte más sustancial Zurita dice: "Frente a las alucinantes y ofensivas declaraciones del 'ministro de Cultura' donde califica al Museo de la Memoria de ser un montaje; declaraciones que hieren lo más entrañable del pueblo de Chile, a sus desaparecidos, a sus fusilados, a sus torturados, a sus exiliados, hago un llamado a no participar en ninguna instancia en que este personaje esté involucrado, se va nuestra dignidad como artistas, como escritores, como intelectuales, como seres humanos en ello."

[22] Sin embargo, la senadora del Partido Socialista e hija de Salvador Allende, Isabel Allende, se había solidarizado con las expresiones de Raúl Zurita en un posteo enviado a las 13:35: "Muy bien la declaración de Raúl Zurita. Inaceptables declaraciones del converso ministro de Cultura sobre el Museo de la Memoria" (este posteo no fue retwitteado por el PS). También cabe aquí señalar que ya el día anterior se había retwitteado desde la cuenta del PS un posteo de "Isidora" con el siguiente texto: "Mauricio Rojas nunca fue del Mir. Estudió Derecho en la Chile y salió del país hacia Argentina sin ningún problema, luego buscando mejores horizontes viajó a Suecia, donde pidió asilo político, mintiendo para poder permanecer en Suecia. Allí comenzó sus". Lo que hace parte del tema que desarrollaremos en el siguiente capítulo.

[23] Sus editores se definen como "un colectivo con ideas anarco-comunistas". Su cuenta de twitter (@GAMBA_CL) tiene más de 65 mil seguidores. Gamba.cl fue uno de los activistas digitales más influyentes en mi caso según informa Conecta Media (ver "La caída de Mauricio Rojas en tres actos", *La Tercera* 19.8.2018).

[24] "Histórico secretario general del MIR desconoce militancia de Mauricio Rojas", *La Tercera* 12.8.2018.

[25] "Andrés Pascal: 'Mauricio Rojas nunca militó en el MIR'", *Eldesconcierto.cl* 12.8.2018.

[26] El año pasado tuve la ocasión de celebrar los 50 años de nuestro ingreso a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile con decenas de mis excompañeros de curso, cualquiera de los cuales puede atestiguar mi notorio activismo mirista de fines de los años 60.

[27] Esta confusión sobre el apellido de mi madre viene de una primera versión luego corregida de la entrevista dada por Pascal a *eldesconciento.cl*. que fue difundida por otros medios como *Gamba.cl*, donde todavía constaba con su sintomático error el 25 de agosto.

[28] Algunos han intentado incluso hacer de la vida de mi madre una fabulación completa. Así, el *Diario Uchile* de la *Radio Universidad de Chile* informó lo siguiente el martes 14 de agosto: "al revisar el listado de sobrevivientes de Villa Grimaldi, no existe registro de Juana Mullor. Tampoco está el nombre de la mujer en los informes Valech I ni Valech II. Es decir, Juana Mullor no está en los registros de memoria, ni tampoco existen antecedentes sobre su historia como dirigenta sindical ni como militante socialista".

[29] En ambos casos, el notable error al escribir el nombre de Corbalán y otros deslices ortográficos son de responsabilidad de quienes enviaron los textos citados.

[30] En este caso, es menester reconocer que ya a la mañana siguiente se posteó una aclaración reconociendo la falsedad de lo dicho.

[31] "La inmigración: Una visión desde Escandinavia". *Cuadernos de Pensamiento Político* Nº 10, abril-junio de 2006. http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130423145905la-inmigracion-una-vision-desde-escandinavia.pdf

[32] Entre ellos, Alemania, Australia, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda y Noruega.

[33] Esto no es lo que dijo Raúl Zurita, pero ello no tiene mucha importancia en este contexto.

[34] El término tiene una larga historia pero cobró notoriedad a partir del libro de Sebastian Junger *The Perfect Strom* publicado en 1997 y de la película con el mismo título del año 2000.

[35] Todo esto se relata en *Diálogo de Conversos* así como mi proceso de vuelta a Chile.

[36] Su origen es un antiquísimo adagio en latín: "*Calumniare fortiter aliquid adhaerebit*", al que Pierre-Augustin de Beaumarchais le daría su forma inmortal en *El Barbero de Sevilla* (1775): "*calomniez, calomniez, il en reste toujours quelque chose*" (calumniad, calumniad, siempre queda alguna cosa), que luego se transformaría en el tristemente célebre "miente, miente, que algo quedará".

[37] Recordemos nuevamente lo que ha dicho la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre el deber de la autoridades públicas de "constatar en forma razonable, aunque no necesariamente exhaustiva, los hechos en los que fundamentan sus opiniones, y deberían hacerlo con una diligencia aún mayor a la empleada por los particulares, en razón de su alta investidura, del amplio alcance y eventuales efectos que sus expresiones pueden tener en ciertos sectores de la población, y para evitar que los ciudadanos y otras personas interesadas reciban una versión manipulada de determinados hechos."

[38] Tomado de *El Observador* de Uruguay, 6.11.2016.

[39] El término "falso converso" pertenece a la larga y triste historia de las persecuciones religiosas y fue clave en la persecución de muchísimos judíos que permanecieron en España después del edicto de expulsión de 1492.

[40] Vuelvo aquí a remitir a mi libro *Lenin y el totalitarismo*, donde se encontrarán abundantes referencias a esta abyecta práctica de destrucción moral de los oponentes de Stalin. Dos grandes novelas sobre el tema son *El cero y el infinito* de Arthur Koestler y *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura. Por su parte, la facción estalinista del Partido Comunista chileno,

encabezada por Elías Lafferte, no solo avaló todas estas bajezas sino que las usó diligentemente contra la facción trotskista del mismo, liderada por Manuel Hidalgo.

[41] Fernando Balcells, "Lo que queda fuera de la política", *eldesconcierto.cl* 14.8.2018.

[42] Agustín Squella, "'El linchamiento de Mauricio Rojas'", *La Tercera* 20.8.2018.

[43] Como se sabe, en su XXII Congreso, celebrado en Chillán en noviembre de 1967, el Partido Socialista adopta, por unanimidad, una resolución que, entre otras cosas, dice lo siguiente: "La violencia revolucionaria es inevitable y legítima (…) Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico, y a su ulterior defensa y fortalecimiento." Allí se determina, además, el carácter puramente instrumental de las "formas pacíficas o legales de lucha": "El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada." Por su parte, el MIR proclamaba, ya desde su congreso fundacional de agosto de 1965, que la "insurrección popular armada" era el "único camino" para derrocar al "régimen capitalista". Según la *Tesis político-militar*, redactada por Miguel Enríquez y su hermano Marco Antonio, esto se llevaría a cabo mediante "la apertura de algunos focos armados que poco a poco crearán las condiciones revolucionarias llamadas objetivas, es decir que ellas permitirán progresivamente ganar a la población para integrarla a la lucha armada. Así se constituirá el ejército revolucionario, en pleno régimen burgués, y así podremos nosotros conquistar el poder político". Y en 1969, siendo consecuente con sus ideas, esta organización inicia, en plena democracia, las acciones armadas. Para más detalles consúltese mi texto "La destrucción de la democracia en Chile. Un ejercicio de memoria histórica sin lapsos", *La Ilustración Liberal*, Nº 55, Madrid 2013.

[44] Luego me he enterado de que había un compañero aún más joven y que Salinas ya no lleva ese apellido.